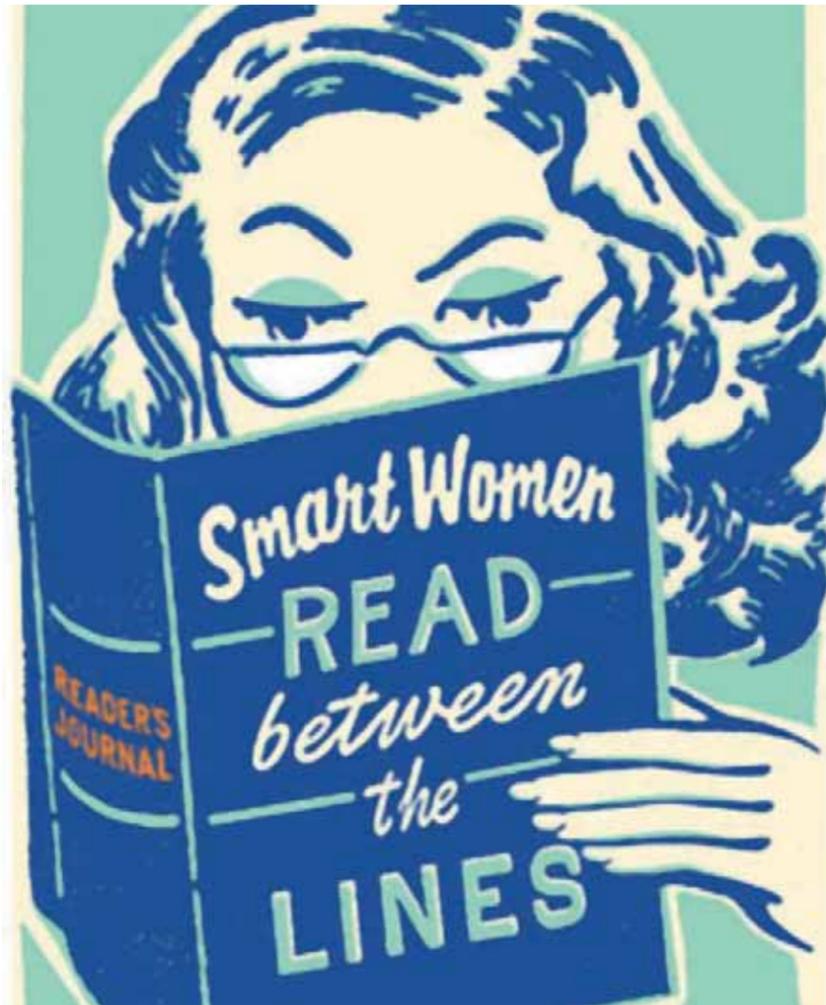


Irreverentes

237 razones para el sexo, 45 para leer

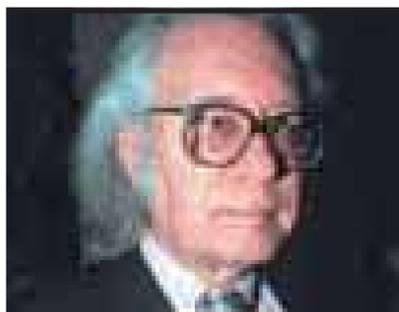
Según el estudio de una universidad norteamericana de dudosa reputación hay 237 razones para practicar el sexo; Irreverentes ha encontrado unas 45 razones para leer, con la ayuda de escritores como Horacio Vázquez Rial, Luis Alberto de Cuenca, Pablo Neruda, Michel Houellebecq, Mempo Giardinelli, Arturo Pérez Reverte, Joaquín Leguina y todos y cada uno de los habituales columnistas de este periódico. ¿Sexo? ¿Lectura? ¿Ambos placeres a la vez? Algunas propuestas pondrán los pelos de punta al lector. Entren en lo más obscuro de la mente de nuestros escritores. > Pág. 12 y 13.



Número 7 - Septiembre 2007

Relatos y artículos

- **Pacumbra**
Antonio López del Moral > Pág 4
- **Francisco Umbral en la eternidad**
Miguel Angel de Rus > Pág 5
- **Yo quise ser lord Byron**
Santiago García Tirado > Pág 6
- **Carta abierta a una chica progre**
Francisco Umbral > Pág 7
- **Pues sí, mi abuelo fue verdugo**
Alvaro Díaz Escobedo > Pág 8
- **Ágora irreverente**
José Enrique Canabal > Pág 9
- **San Jerónimo y la dignidad femenina**
Rafael Domínguez Molinos > Pág 10
- **Críticas literarias**
Eduardo Campos > Pág 11
- **Pucherazos literarios**
Alberto Castellón > Pág 14
- **The lady of song**
Francisco Legaz > Pág 16
- **Querido Ronald**
José Melero > Pág 17
- **Manolo rescata a la doctora**
Carmen Matutes > Pág 18
- **Entrevista a Luis Mateo Díez**
> Pág 19
- **Entrevista a Mario Benedetti**
> Pág 19
- **La joven y el anciano**
Isabel M^a Abellán > Pág 20
- **La palabra suicidada**
Pedro Antonio Curto > Pág 21
- **Buenaventura Murrieta**
Guillermo Sastre > Pág 22
- **Desde la distancia**
José Antonio Rey > Pág 23
- **El alabardero de la reina**
José Luis Alonso de Santos > Pág 24
- **Diario de Kosovo**
Ismail Kadaré > Pág 24

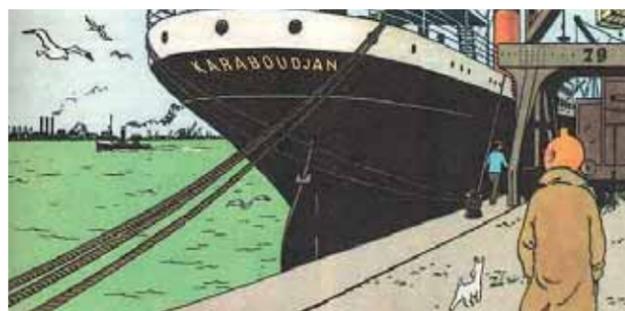


Umbral en la eternidad

El 28 de agosto moría el maestro Francisco Umbral. Antonio López del Moral y Miguel Angel de Rus, tan contrarios a las necrológicas, han querido poner sobre su tumba, en lugar de flores, sus palabras. Gocemos con el primer capítulo de la *Carta abierta a una chica progre*, de Francisco Umbral. Algún día volveremos a encontrarnos, Paco. > Pág 3, 4, 5 y 7

Tintín no era racista, sino viajero

Palabra de Javier Memba, que es el principal experto en el tema y ha escrito de ello en *Mi adorada Nicole y otras perversiones*: Tintín fue un intrépido periodista que viajó poco en avión, mucho en coche y muchísimo en barcos de nombres exóticos como Sirius, Karaboudjan o Ramona. Tintín vivió una época con sus propios tópicos y entre ellos estaban los medios de transporte como forma de conquistar el mundo. > Pág 2



La Guerra Civil en libros



Los movimientos de recuperación de la memoria histórica han llevado a la publicación de un gran número de libros sobre la guerra civil y la postguerra. Junto a las propuestas de Editoriales como Taurus, Castalia o Alianza y a libros tan publicitados como el último de Ian Gibson, Ediciones Irreverentes presenta las obras de Elena Yáñez y José Luis García Rodríguez. > Pág 6



- Servicios culturales y de comunicación para ayuntamientos y empresas
- Organización de premios literarios
- Edición por encargo
- Seminarios de creación literaria
- Ciclos de lecturas dramatizadas
- Exposiciones...

www.promocioncultural.com



Editorial

Molina intenta reflotar el Ministerio de Cultura



turbulentas bajan las aguas en el Ministerio de Cultura y afecta la situación especialmente al entorno del libro. Todo comenzó con las lamentables declaraciones de la todavía directora de la Biblioteca Nacional, Rosa Regás, quien afirmó sin sonrojarse, “Los grandes logros sociales de este Gobierno se venden mal porque la prensa no es del Gobierno. Todos van a favor de la oposición. Afortunadamente cada vez se venden menos periódicos”. Lamentablemente era una de las pocas personas que no podía permitirse decir algo así. Entre las docenas de severas críticas que recibió destaca por su claridad la del periodista Martín Ferrán, quien escribió “Si se otorgara un gran pre-

mio a la persona capaz de incluir más estupideces en un montón de sólo tres decenas de palabras, Regás resultaría imbatible.” Para colmo, las medidas de seguridad de la Biblioteca Nacional demostraron no servir para nada, pues en su mandato se han robado dos mapamundis grabados e ilustrados que forman parte de sendos ejemplares de la edición incunable de 1482 de la obra de Ptolomeo *Cosmografía*. Dos joyas menos. Como es lógico, el nuevo ministro de Cultura, César Antonio Molina, tuvo que aconsejarla que se dejara el cargo y recordarle que en su mandato no había hecho nada.

La antecesora de Molina, Carmen Calvo, tuvo que ser cesada poco antes por el Presidente porque ya había cometido demasiados deslices, empezando

por su intención de quitar el IVA a los productos culturales y de ocio, algo que no puede hacer un gobierno nacional en el marco de la Unión Europea, hasta su último fracaso, la nunca aprobada ley del cine. Molina se encuentra con un tema serio en un año en que ninguna película española está entre las 25 más vistas.

Hay que unir a todo ello que si bien la población española ha aumentado considerablemente en estos años de gobierno del PSOE, no lo ha hecho la venta de libros, cuyos ingresos han subido el 1 por ciento, lo que descontado el IPC significa bajada en las ventas y lo que implica un retroceso importante en la difusión de la lectura, lo cual atañe directamente a la mala gestión de la Dirección General

del Libro. ¿Se corregirá este problema con un sabio uso de las ayudas a la edición y los planes de difusión del libro? Dado que el ministro César Antonio Molina ha publicado en los últimos dos años y medio –según el ISBN- en las editoriales Pre-Textos, Destino, Círculo de Lectores, Espiral Mayor y Galaxia, habrá que esperar a la publicación en el B.O.E. de las subvenciones de este año para ver qué editoriales reciben subvención, cuáles no y en qué cantidades, para respirar aliviados y comprobar que el dinero público no se usa para favorecer a amigos y castigar a enemigos, sino para difundir la cultura española. Queda poco para las elecciones y el Ministerio de Cultura tiene que actuar con cautela.

¡Rayos y truenos!

apoco que se piense, el mar tiene un papel fundamental en las aventuras de Tintín. Los días del reportero fueron los de los grandes transatlánticos. De hecho, salvo el de Vuelo 714 para Sydney (1966) pocos son los aviones que coge el valiente para trasladarse al escenario de sus álbumes. De ahí que sobre ese capítulo titulado *Otros mares*, donde se dice que el desierto, las nieves del Tibet y el espacio exterior del viaje a La Luna, también son una suerte de océanos para Tintín. En cualquier caso, lo que cuenta en este libro, tan ameno e interesante como toda la literatura que genera la tintinofilia, es lo relativo al mar. Así, la relación de los barcos que participan en la serie, tanto en su primera versión como la definitiva, es exhaustiva. Como no podía ser de otra manera destaca entre todos ellos el Unicornio, basado al parecer en un navío de la flota de Luis XIV. Sin embargo, el caballero de Hadoque, aunque afrancesó su nombre –Francis Haddock Esquiere-, es de ascendencia inglesa. Así lo prueba el hecho de su afición al ron, costumbre de la royal navy.

Al igual que en gran parte de la bibliografía tintinófila, el motivo de estas páginas es demostrar cuáles fueron los modelos reales en la inspiración de Hergé. Se pormenoriza así sobre los navíos que sugirieron el Sirius, el Karaboudjan o el Ramona. Más me ha llamado la atención el estudio de esa viñeta de la página diecinueve de Tintín en El Congo (1930) en la que se nos explica que, además de autorretratarse junto a Jacobs –como ya hiciera en el palacio de El cetro de Ottokar (1938)-, el maestro dibuja a Quique y Flupi entre los admiradores que van a despedir al valiente. Dentro de esta misma línea, el profesor Aguste Piccard, físico nuclear que –como ya quedó apuntado en El ilustre Tornasol sirviera de modelo para el sabio- aparece en la página cincuenta y cinco de *La estrella misteriosa* (1941).

La nómina completa de marineros incluida en la serie –acaso el oficio más frecuente de



Javier Momba

los personajes de las aventuras de Tintín sea el mar-, la simpatía que Colón inspiraba a Hergé (pág. 57) o el origen del famoso “¡rayos y truenos!” del capitán -Trueno de Brest en traducción literal del francés-, entre otras maravillosas curiosidades, hace que todo este álbum sea una delicia. Cabe una última curiosidad, Pst –el Pst que naufraga junto a los valientes en Stock de coke- aquí es llamado Ups. No hay duda de que el traductor no es todo lo tintinófilo que debiera, pues también llama El caso Tornasol a El asunto Tornasol (pág. 72), la maravillosa entrega de 1952.

Del autor, desde luego, no se puede decir lo mismo. Horeau es capaz de descubrir cuando libra su última batalla el Unicornio a raíz de

El mar tiene un papel fundamental en las aventuras de Tintín. Los días del reportero fueron los de los grandes transatlánticos. De hecho, salvo el de Vuelo 714 para Sydney pocos son los aviones que coge el valiente.



De su libro *Mi adorada Nicole y otras perversiones*

las incisiones hechas por el caballero en la cruz a cuyo pie comienzan a cavar los de Moulin-sart, las que –tras observarlas con lupa e invitar al lector a hacerlo- supone un calendario llevado a cabo por el antepasado del capitán durante el tiempo que permaneció en la isla. Por un procedimiento parecido –en base a los bocadillos que rezan “Tres días más tarde”, “Una media hora después”-, viene a demostrar la verosimilitud con que el maestro da cuenta del trasiego de barcos por el Mar Rojo en Stock de Coque.

Staff

Director
Miguel Ángel de Rus

Coordinación
Vera Kukharava

Redacción
C/ Martínez de la Riva, 137

Correo electrónico:
edicionesirreverentes@yahoo.es
http://www.edicionesirreverentes.com

Delegación Madrid
Antonio López del Moral
Francisco Legaz
Rafael Domínguez
Eduardo Campos
Guillermo Sastre

Delegación La Mancha
José Enrique Canabal

Delegación Andalucía
José Melero y Alberto Castellón

Delegación Murcia
Isabel María Abellán

Delegación Cantabria
Álvaro Díaz Escobedo

Delegación Galicia
José Antonio Rey

Delegación Comunidad Valencia
Santiago García Tirado

Delegación Asturias
Pedro Antonio Curto

Delegación Reino Unido
Carmen Matutes

Diseño
DinA3 (nachajfr-dis@yahoo.es)

Impresión
Imcodavila

Depósito legal
AV-51-0

Fernando Savater presenta su partido político

El partido de Fernando Savater se llamará Unidad, Progreso y Democracia (UPD), basado en las ideas de la plataforma ¡Basta Ya! Pretende ser una formación de izquierdas que no le haga el juego a los nacionalistas excluyentes. Entre los líderes del partido estarán Rosa Díez y Miguel Buesa. Savater pretende que sea un partido que fomente la igualdad entre los ciudadanos, en una sociedad "cada vez más fragmentada". UPD propugnará que el



Estado recupere algunas de las competencias que ha cedido a las comunidades autónomas, principalmente en materia de educación y fiscalidad. Propugna una educación laica, constante en el pensamiento de Savater. "El laicismo debe estar presente en la educación y en el Estado. Yo me he criado en una dictadura sé los efectos que produce una religión de Estado. En democracia es tan imprescindible como el sufragio universal".



Murió Francisco Umbral

El escritor y columnista Francisco Umbral falleció el 28 de agosto en el Hospital Montepríncipe de Boadilla del Monte (Madrid) por un fallo cardiorrespiratorio.

Tenía 72 años. Acudieron al Tanatorio, a acompañar a su viuda, María España, escritores de Ediciones Irreverentes como Luis Alberto de Cuenca y Miguel Ángel de Rus. Asimismo, estuvieron presentes diversas personalidades de la política, el periodismo y la vida pública como Mariano Rajoy, Esperanza Aguirre, Alberto Ruiz Gallardón, Jaime de Marichalar, Luis María Ansón y Pedro J. Ramírez. Decenas de medios de comunicación se dieron cita a la entrada de la sala donde reposaba el cuerpo de Umbral. Autor de un centenar de libros, tres de ellos publicados en Ediciones Irreverentes, y de una columna diaria en el diario El Mundo —anteriormente colaboró en El País y Diario 16—, la carrera literaria de Umbral recibió numerosos galardones, entre ellos el Premio Príncipe de Asturias de las Letras en 1996 y el Premio Cervantes en 2000.

Novedades de Ediciones Irreverentes



Distribución de Ediciones Irreverentes

Madrid y Castilla La Mancha - Distrifer Libros S.L.
C/ Valle de Tobalina, 32 nave 5-6. 28021 Madrid
Tfn. 91 796 27 09 - Fax. 91 796 26 77

Castilla León - Andrés García Libros
C/ Pintores, 5 - Pol. Villares 37184
Villares Reina - Salamanca
Tfn. 923 23 02 06 - Fax. 923 25 31 17

Castilla León - Andrés García Libros
Fdez. Ladreda. Parc. 1, Nave. 3 P.
Argales - 47008 Valladolid
Tfn. 983 47 21 55 - Fax. 983 47 32 47

Alicante - Alicash S.L.
Ctra. Ocaña, 56 C/C U.A. 4 03006 Alicante
Tfn. 96 510 36 50 - Fax. 96 528 96 63

Cataluña y Baleares - Ben Vil S.A.
Viladomat, 86 08015 Barcelona
Tfn. 93 325 46 84 - Fax. 93 425 17 13

Málaga, Almería y Granada - Calmal
Carrion-Los Negros, 19 29013 Málaga
Tfn. 95 225 10 04 - Fax. 95 225 10 04

Asturias, Cantabria y León - Cimadevilla
Polig. Rocas 3.C/ Arquimedes
33211 Gijón - Asturias
Tfn. 98 530 70 43 - Fax. 98 516 72 15

Sevilla, Cádiz, Huelva y Extremadura Centro Andaluz del Libro
Parc.34-36 Km.7,3 Sev-Mal Polig. Ind.
La Chaparrilla 41016 Sevilla
Tfn. 95 440 63 66 - Fax. 95 440 25 80

Córdoba y Jaén - Francisco Baena
Pol. Las Quemada. Par.236-A 14014 Córdoba
Tfn. 957 32 60 23 - Fax. 957 32 58 42

País Vasco - Herro Libros
Montorre Kalea, 3 Pol.Uga 48160 Derio -Vizcaya
Tfn. 94 454 28 50 - Fax. 94 454 19 28

Aragón, Rioja, Soria y Navarra - Icaro
Polígono El Plano, Nave 39 50430
M. Huerva - Zaragoza
Tfn. 976 12 63 33 - Fax. 976 12 64 93

Galicia - López Caballero Libros S.L.
C/ Príncipe, 22 36206 Vigo, Pontevedra
Tfn. 986 26 64 33 - Fax. 986 37 91 54

Valencia - Lyra
C/ Dels Colliadors, 4 46210 Picanya-Valencia
Tfn. 96 1590781 - Fax. 96 1590884

Murcia - Miguel Sánchez Libros
C/ Mayor, 55 Pol. Camposol, 2
30006 Puentetocinos, Murcia
Tfn. 968 24 73 31 - Fax. 968 20 03 19

Canarias - Odón Molina
Neptuno, 9 (Gracia) 38205 La Laguna-Tene
Tfn. 922 25 66 66 - Fax. 922 25 62 11

EXPORTACIÓN A LIBRERÍAS

Celesa
Tel: (34) 915 17 0 170 - Fax: (34) 915 17 3 481
Correo electrónico: pedidos@celesa.com

Azteca
Marquesa de Argüeso, 36 - 28019 Madrid
Tel: 91 5604360 - Fax: 91 5652922
azteca@aztecadist.es

VENTA A BIBLIOTECAS DE ESPAÑA Y EL EXTRANJERO

Puvill
Tel: (34-93) 2988960 - Fax: (34-93) 2988961
Correo electrónico: info@puvill.com

EDICIONES IRREVERENTES, VENTA DIRECTA A LIBRERÍAS Y EMPRESAS
editor@edicionesirreverentes.com

Tienes en tus manos una obra de arte; no la tires, no es un simple periódico gratuito. Guárdalo y volverás a leerlo con placer. Si no quieres guardarlo, por favor, dáselo a alguien que pueda disfrutarlo.

Boletín de Suscripción

Suscríbese a Irreverentes y recibirá de regalo de un libro de Ediciones Irreverentes por valor de 12 euros. 10 ejemplares de Irreverentes por sólo 20 euros. Reciba el periódico en casa. Hacer transferencia bancaria a Ediciones Irreverentes, cuenta: 2038 1787 43 6000172214, concepto "Suscripción", y enviar por correo comprobante del pago junto con el boletín de suscripción a: Ediciones Irreverentes C/ Martínez de la Riva 137, 4ª Madrid 28018



Nombre / Name: _____

Dirección / Adress: _____

C.P. / Postal district: _____ Ciudad / City: _____ Provincia / Province: _____

Tlf. / Phone: _____ Fax / Telefax: _____

Correo electrónico: _____



Pacumbra

Nunca me han gustado los obituarios ni las necrológicas, aborrezco los epitafios y las dedicatorias tardías en coronas de flores tiernas que, tan pronto, ay, se secarán sobre el mármol. La muerte es una estación de paso en la que te ves atrapado para siempre, una brusca caída desde las alturas de tu irrelevancia. Sólo nos duele la muerte cuando nos roza, cuando toca a alguien a quien amamos, a quien conocemos bien, a quien necesitamos de un modo u otro en nuestra vida. Reconozco que cuando pasó lo de Diana de Gales o cuando la palmó Lola Flores, no conseguí entender las explosiones de dolor popular, me parecieron extemporáneas, exageradas, totalmente distorsionadas por sentimientos vulgares. Y ahora, de pronto, Umbral.

Umbra es algo más que uno de los tres mejores escritores españoles del siglo XX (junto a Cela, su maestro, y Delibes, su primer jefe). Umbral es más que su propio personaje destilado, triturado, masticado e instilado en las páginas de una obra tremenda. Umbral es algo más que un superdotado, algo más que un clásico vivo, algo más que el mejor columnista español de todos los tiempos, para mí por encima de Larra. Umbral es otra historia, la suya propia, y encima contada a su manera, toma ya.

Recuerdo que cuando comencé a leer periódicos, hace ya 20 años, me llamó un día la atención una columna escrita en endecasílabos. Con dos cojones. Me quedé tan alucinado que tuve que releerla. A la tercera comprendí que aquello era algo fuera de lo común, no se parecía a ningún otro columnista, y mira que había. Aquel tipo, Pacumbra, destacaba tanto que llegaba incluso a producir una sensación extraña de enajenación, un déjà vu literario que te retrotraía a autores que no habías leído nunca. Porque todos estaban en Umbral. Poco a poco, según fui ampliando mis lecturas, descubrí en sus columnas -que nunca perdonaba-, trazos de Larra, pedazos de carne de Quevedo, vocablos duros como piedras y olorosos como morcillas frescas de Cela, esperpénticas espantadas de Valle Inclán, y todo ello ambientado en una atmósfera del Madrid de posguerra, un Madrid de cigarrillos negros liados, criaditas y militares con maleta y café Gijón. Hay muchas literaturas, y todas, insisto, estaban en aquel Umbral con el que yo chocaba de bruces, deslumbrante, sorprendente, ora jocoso, siempre irónico, de pronto lírico, tierno, melodramático, costumbrista, provocador, evocador, memorioso e incansable.

El misterio de Umbral me persiguió durante mucho tiempo, no conseguía entender su



Antonio López del Moral

sutilísima singularidad, me costaba trabajo, me despistaba, porque tan pronto me llevaba por los cauces de un estilo que me resultaba familiar (me recordaba a alguno de los autores que he citado antes), como súbitamente daba un quiebro, me clavaba en el culo uno de sus increíbles neologismos, y me dejaba con un palmo de narices, mirando al tendido y pensando aún en Quevedo, mientras él ya andaba por Larra. Durante un tiempo pensé que era una especie de Proust a la madrileña, con la magdalena mojada en whisky y a la sombra de las muchachas etcéteras, las ninfas vertica-



FOTO DE MARÍA ESPAÑA PUBLICADA POR EL DIARIO EL MUNDO

La muerte es una estación de paso en la que te ves atrapado para siempre, una brusca caída desde las alturas de tu irrelevancia. Sólo nos duele la muerte cuando nos roza, cuando toca a alguien a quien amamos

les que resbalaban a veces húmedamente por sus novelas, y que te enseñaban los pechos a la manera de la Aurorita de La Colmena del otro. Y finalmente llegué a la conclusión (conclusión es el punto exacto en el que uno se cansa de pensar) de que con Umbral no hay conclusión posible, porque su extraordinaria obra es una esponja, un papel secante que absorbe todo a la vez, vida, sexo, literatura, fiestas, whisky, dolor, felicidad, amargura y teclas de una underwood clásica que él convertía en daguerrotipo, fijando en el papel las imágenes recogidas a diario en la calle.

En Umbral no había separación entre la vida y la obra, escribía para vivir, vivía para escribir, escribía sobre la vida y vivía, en fin, donde le pillaba. En Madrid, o sea. Umbral era Madrid, y ningún otro autor ha retratado con tanto acierto los vaivenes de la ciudad, ningún autor le tomó el pulso a la movida madrileña como él, nadie colegeó al mismo tiempo

artículo, en cada frase, no había en él ni una sola palabra sin idea, ni una sola idea que no apareciera tan brillantemente expuesta que uno no sabía si quedarse con el fondo, o con la forma, o con los últimos restos del whisky de su vaso sempiterno. No se entiene tampoco a Mercedes Milá, que después de aquello se arrojó al barro mediático de los grandes hermanos, ni se comprende el Viagra, ni el pádel, y si este deporte absurdo se ha puesto de moda, fue sólo porque Pacumbra nos contó que Pedrojota se iba a jugar a mediodía con Josemari, en el Palestra, tú ya me entiendes. Los periódicos, sin su columna, sin sus frases y sus quiebros, sin sus cotilleos, se convierten en meros boletines, en tristísimos despachos de agencia que tiemblan sobre la mesa, antes de caer abiertos por la sección de necrológicas, sobre la esperada flor de la última columna, esa que nunca llegó. Se ha roto la realidad, y esta vez no tenemos a nadie que nos lo cuente. Chao, Paco. Espero que le digas a Dios que has venido a hablarle de tu libro.

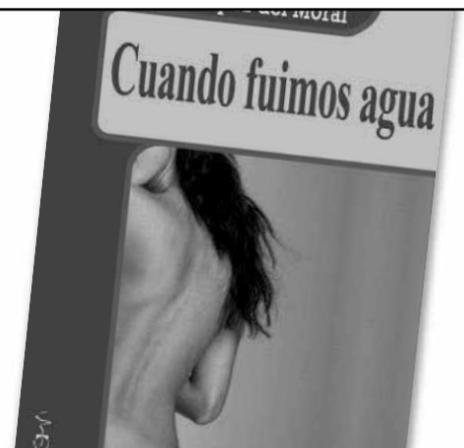
<http://antonioldm.blogspot.com>



Últimos libros del autor:

- Cuando fuimos agua
- El cuaderno de los reflejos rotos

Cuando fuimos agua, erotismo directo al hipotálamo
En Ediciones Irreverentes



Francisco Umbral en la eternidad

Como otros muchos, descubrí los libros de Francisco Umbral a mediados de los años setenta, cuando aún no era ni adolescente, los serenos recorrían las calles de Madrid cada noche y daban las gracias por la propina con acento asturiano o gallego y en verano la gente sacaba las sillas a la puerta de casa para charlar hasta la madrugada. Aún no había pasado a mejor vida Francisco Franco; poco después todo comenzó a cambiar y no parecía muy claro por dónde iban a caminar los acontecimientos, porque el desayuno de cada mañana solía traer un muerto. Eran los tiempos en que en Vallecas se nos moría de un balazo un chico en una manifestación, mataban a una estancuera en La Presilla —de lo que Alonso de Santos sacó material para una gran obra teatral— y la amnistía general trajo como consecuencia que la casi totalidad de los comercios del barrio fueran asaltados a mano armada. En la gran política, Adolfo Suárez legalizaba el PCE y se negaba a entrar en la OTAN, con dos cojones; y Santiago Carrillo y Marcelino Camacho eran la esperanza roja, aún no sabíamos que por poco tiempo. Mientras, como decía el maestro Umbral, la oposición al franquismo y al postfranquismo estaba tomando café en el Café Gijón, antes de que se enfriara.

El sábado por la mañana salía de nuestra casa, en Vallecas, —no sé si había quedado claro— y paseaba hasta la Cuesta de Moyano, en Atocha, esa plaza que tendría que esperar a que Tierno Galván fuera alcalde para quedar tan guapa como esa prima de la capital que esperaba al primo recién llegado del pueblo, que venía con su maleta barata y la hogaza de pan. Allí, en La Cuesta, compraba libros poco adecuados para la edad; Kafka, Buero Vallejo, Francisco Umbral. En la edad en la que otros se echan la primera novia o el primer cigarro, yo leí Carta abierta a una chica progre, Diccionario para pobres, Iba yo a comprar el pan, Diario de un snob o Memorias de un niño de derechas. Era la época en que Umbral iba a Vallecas a hablar con el Padre Llanos, a conciertos de rock, y a descubrir el más genuino español del lumpen. Algunas de aquellas editoriales iban quebrando y un cuarto de siglo después, pude darme el lujo de editar aquellos libros en Ediciones Irreverentes o publicarle a Umbral su exquisito libro República Bananera USA. Y así conocí no sólo al Umbral escritor, sino a la persona, porque antes era un mito, como dijo Alejandro Gándara, “Para los que éramos universitarios en los años 70, Umbral era un ídolo y no podía ser otra cosa. En la ruda realidad del momento él inyectaba una dosis de socarronería, de dandismo y de valor poético y político.” Incluso más allá del mito, Umbral era el gran creador del lenguaje contemporáneo, en palabras de Javier Villán, “Francisco Umbral es el escritor más caudaloso de la literatura hispana. El que mantiene con el lenguaje una familiaridad impúdica y casi ofensiva. El que crea, el que rescata palabras venerables; el que redime y ennoblecía palabras cimarronas y desgarradas. El idioma para Umbral no tiene zonas prohibidas ni acoplamientos.”

Fue el propio Paco Umbral quien me propuso editar en Ediciones Irreverentes el Diccionario para pobres, cuando mis pretensiones eran más modestas. Me invitó a su casa y allí me presenté, con mujer e hijas, más que como editor, como lector. Primero conocimos a la paciente España, su



Miguel Ángel de Rus

<http://miguangelanderus.blogspot.com> • <http://perso.wanadoo.es/miguangelanderus>



Últimos libros del autor:

- Donde no llegan los sueños
- Evas
- Malditos
- Europa se hunde
- Dinero, mentiras y realismo sucio
- Putas de fin de siglo
- Cuentos Irreverentes
- Bäsle, mi sangre, mi alma

mujer y gran colaboradora, dejamos atrás el salón repleto de libros, de cuadros, con una talla de virgen gestante de las que muy pocas se podrán encontrar, y nos recibió al fondo de su casa, en el pequeño estudio de calefacción, gato y ordenador, vestido de batín. Quienes crean que Umbral era un hombre altivo conocen sólo el personaje, no la persona. Hay que separarlos, como afirma José Antonio Marina, “Para entender la grandeza y la complejidad de Umbral, hay que captar en bloque todo su proyecto estético. Su primer paso fue la creación de un «personaje literario» que iba a hacerse a sí mismo al escribir.” Hablamos largo y tendido y preguntó a mi mujer, bielorrusa, sobre el nacionalismo en los países comunistas. Al día siguiente, se encontró convertida en protagonista de su columna en El Mundo. Volvimos a su dacha bastantes veces y cuando iba solo me regañaba “pero, hombre, cómo no han venido tu mujer y tus hijas, tráelas cuando quieras a bañarse en la piscina y que jueguen en el jardín”. Ese era el ogro que algunos creen. Un tipo entrañable que no tiraba los libros a la piscina, como sus detractores afirman. Un hombre que pasó sus últimos años metido en la dacha, aunque, como dice Alejandro Gándara, “Francisco Umbral era un escritor de Corte y calle. Parece una mezcla, pero no lo es. En realidad, sería una buena definición para los periodistas de gama alta, para los fajadores de fuste, los camorristas finos. Pero si uno se fija un poco, tampoco es mala definición para un poeta, para sus admirados Rimbaud y Baudelaire, por ejemplo” También Raúl del Pozo piensa que necesitaba la calle, “Madrid es una gran vagina donde tomaba café, el ámbito de su hechicería verbal, su odisea de ninfas y cuchillos”.

Umbral ha inventado parte del idioma que hablamos, lo sacó de la calle, lo estructuró y lo convirtió en español literario. Podía escribir un artículo en alejandrinos o comenzar una novela con un endecasílabo. Hay quien se pierde en la maraña de la prosa poética de su estilo y no encuentra el tema de sus novelas, idea en la que coincido con el novelista Antonio López del Moral “Umbral es algo más que uno de los tres mejores escritores españoles del siglo XX (junto a Cela, su maestro, y Delibes, su primer jefe). Umbral es más que su propio personaje destilado, triturado, masticado e instilado en las páginas de una obra tremenda. Umbral es algo más que un superdotado, algo más que un

clásico vivo, algo más que el mejor columnista español de todos los tiempos, para mí por encima de Larra. Umbral es otra historia, la suya propia, y encima contada a su manera.”

Le pregunté a Umbral en su dacha si seguía siendo de izquierdas y respondía con viveza que sí, “Sé lo que piensan de mí porque me lo dice por la calle la gente que me para constantemente. La gente me lee como autor de izquierdas; los sitios de donde me reclaman son los Ateneos XXI... son ateneos de jóvenes marxistas. Se reúne una gente cojonuda, los jóvenes que no son los de la litrona. Por allí hemos pasado Vázquez Montalbán, Fernando Savater y yo, que somos una generación claramente de izquierdas.”

Le dieron el Nacional de las Letras en el 97 y el Cervantes, en el 2000. Pero una vez, hablando en su dacha, me confesó que no le daban el Nobel porque le faltaba algo que los miembros de la Academia encontraba en algún escritor chinito. El escritor y editor Juan Cruz cree que necesitaba esos reconocimientos, “Era querido, temido y requerido, y ese poder que le dio la escritura, ganado con el pulso de una metáfora que hizo símbolo de lo que tocara, fue para él también como una reivindicación personal.”

Entre su extensa y valiosa obra destacan títulos como Carta abierta a una chica progre, Las Ninfas, Trilogía de Madrid, La forja de un ladrón, Diario de un snob, Memorias de un niño de derechas, ¿Y cómo eran las medias de Madame Bovary? o Diccionario para pobres. Y, claro, Mortal y

Rosa; el libro en el que desnuda su alma ante la muerte de su hijo. Dice Juan Cruz que Fue en Mortal y rosa, el libro verdaderamente desgarrador de la literatura autobiográfica española, donde Umbral dio lo mejor de esa memoria herida que lo habitó hasta el fin”.

Francisco Umbral se ha ido a la nada con Mariano José de Larra, con Ramón Gómez de la Serna, y con su hijo. Pero mientras haya un lector inteligente, Umbral nos seguirá mostrando la vida a través del cristal de su mirada.



Francisco Umbral se ha ido a la nada con Mariano José de Larra, con Ramón Gómez de la Serna, y con su hijo. Pero mientras haya un lector inteligente, Umbral nos seguirá mostrando la vida a través del cristal de su mirada.



Yo quise ser Lord Byron

Una silla de anea, un buen vaso de vino frío, la tarde muriendo bajo la fragancia de una parra no son, desde luego, las mejores condiciones para escapar de un griego hablador. Cuando entendí que lo que pretendía el griego no era más que capear su soledad aprovechando que me tenía de público, traté de reaccionar, pero entonces fue en vano. El calor me había descompuesto el brío, y me enervaba como si del mar hubiese salido una horda de sirenas a atarme para siempre al suplicio de morir en esa silla, cegándome con los miles de oros y malvas con que arderían todas las tardes de todas las vidas que me quedaran por delante. La otra parte la puso el veneno robado del templo de los dioses tristes, que sorbo a sorbo fui tomando del vaso milagrosamente siempre lleno.

En ese estado de abandono me fueron arrastrando a su antojo los cuentos del marinero, sin que le importase que uno ya tiene también el alma curtida por sus propios taninos, ni que a veces hay heridas olvidadas que vuelven a supurar sin venir a qué. Salpicando su mal inglés de palabras robadas a los marineros italianos, a los árabes de Alejandría, a los sefardíes de Esmirna, tres veces hijos de la diáspora, el griego me hizo reír, levantó mi indignación, exacerbó mi lascivia, me aterrorizó, despertó el azote de la nostalgia, me movió a piedad, me indujo a la perversión. Y todo lo logró a su antojo. Como quiso y cuando quiso.

La historia fue su historia, y la historia de sus antepasados, y todas las historias. Me habló de la vida en el mar, de los vientos ignotos y las olas que besan el cielo y abren las fauces del abismo. Me relató sus escarceos amorosos, todavía fugaces y torpes en Atenas; ardorosos y desmedidos en la Sudáfrica que le brindó la furia de la selva tanto como la fineza de las hijas de los bóers; esquivos y fríos en la Australia que prefirió la flema británica a la exuberancia de los mares del Sur. Me fue desgranando una a una las historias de la antigua Grecia sin saber que lo eran. Me describió a su padre enamorado de su tierra y afable, paseando por el pueblo con su buen par de pistolas siempre cargadas, más un alfanje calado en el cinto, para que nadie dudase de que la sabiduría empezaba con la defensa del propio pescuezo. Me reveló dónde guardaba los tesoros de una tumba micénica que los alemanes no habían sabido expoliar a tiempo. Me transportó a la guerra con los turcos, y me contó las violaciones de las mujeres, las torturas de los hombres jóvenes, las traiciones y las venganzas que llenaron la vida de sus ancianos. También cantó algunas canciones griegas que no entendí, pero que no podían sino hablar de amores perdidos, de tierras añoradas, de la humillación de los dioses.

No sé en qué momento desapareció el griego. Cuando quise echar cuentas, el día se había marchado y del mar llegaba un olor a rosas que lo penetraba todo. El camarero me sonrió al ver que la vida volvía a regar mis miembros después de una larga siesta, y sin que le hubiera pedido nada me regaló con un vaso de agua fría que me supo a gloria.

—A ese que lo molestaba, los extranjeros lo confunden con un griego pintoresco. Pero no es más que un pobre diablo, sabe.

Mi cabeza arrastraba un fardo de angustias tan pesado que tardé un buen rato en entender de qué me hablaba. Sólo entonces recordé al contador de historias.



Santiago García Tirado

<http://santiago-tirado.blogspot.com> • <http://www.garciatirado.es>



Último libro del autor:

• *Un preso que hablaba de Stanislavski*

—No es un hombre peligroso. Se entretiene en hablar con la gente que viene por aquí. Si sabe que alguien lo escucha, entonces ya no para de hablar y contar historias. Pero créame que no dice ni media verdad.

Le pedí una aspirina y me la tomé con urgencias, mientras recordaba turbiamente que tenía mujer y amigos, pero ni la más remota idea de dónde andarían. Enseguida me abroché la camisa, porque la terraza se había ido poblando de familias que venían a cenar, y yo andaba todavía hecho una facha como si hubiese amanecido allí mismo, con el bañador todavía puesto y las greñas disimulando mal la alopecia que me humillaba.

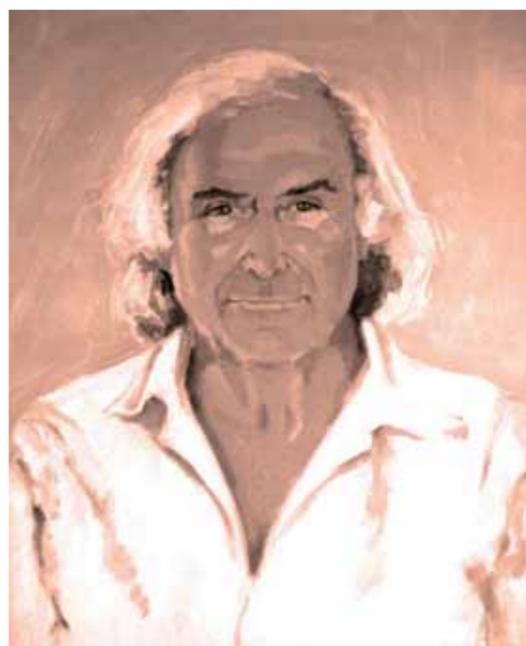
—Además, la gente cree que trae mala suerte—me hizo saber el camarero, que era testigo entonces de los despojos de mi dignidad. Luego puntualizó: —Dicen que un extranjero que lo escuchaba por costumbre, acabó tirándose al mar desde el acantilado. Y que la última mujer que lo abandonó, murió al poco tiempo atropellada por un tren, en Patras. Y otro que venía por aquí de vacaciones, un hombre con mucho dinero, lo perdió todo cuando volvió a Italia, donde tenía una fábrica...

Le dije yíassas y le di una propina con la cortesía que me permitieron las punzadas de mi dolor de cabeza, pero lo dejé con la palabra en la boca. Me asaltó la certeza de que si seguía escuchando, este camarero griego comenzaría a contarme historias apócrifas sobre el loco que contaba historias falsas, y así me tendría hasta el amanecer. Luego vendría otro griego, y tal vez otro, y así hasta el infinito, un griego hablando de otros griegos, y contando historias sin fin, muchos miles de noches, sin descanso. Por suerte esta vez, conseguí huir a tiempo.

hace un mes que he vuelto. Acudo al despacho todos los días, tomo café con los mismos colegas, a veces me veo con una procuradora atractiva con la que he compartido algún caso. Los pleitos que resuelvo son los mismos de antes del verano, sólo cambian los detalles, alguna cifra, los nombres. Son también los mismos del año pasado, y los mismos del anterior. La novedad más apasionante de mis últimos meses es que mi mujer ha decidido comprarse un coche nuevo, y que Alfredo Moyano, mi socio, se casa por tercera vez. Quiere que sea su padrino.

Esta noche he bajado a la calle dispuesto a inaugurar mi nueva vida con un ron con hielo. El

camarero elegante de siempre me ha servido con la profesionalidad de siempre, y luego ha respetado, como es habitual en él, el espacio vital de los clientes. O sea, que no ha hablado. Mientras me deleitaba en mi copa y a ráfagas me llegaba algo de las imágenes de la tele, se ha armado un revuelo enorme en la calle. Una ambulancia ha llegado en cuestión de minutos, luego dos coches-patrulla han cortado el tráfico y han disuelto la turba-multa que se arremolinaba en la acera. Desde mi sitio he intentado ver algo, pero ha sido inútil. El camarero, a quien la emoción por fin le ha hecho perder de vista el espacio vital de los clientes, me ha contado que un viejo loco acababa de lanzarse al vacío desde un piso doce. Era, según decía, un viejo forrado de pasta, que a su edad se había liado con una mulata de las que quitaban el hipo, una de tantas que venían a este lado del charco



ANA GUILLBERT

Era, según decía, un viejo forrado de pasta, que a su edad se había liado con una mulata de las que quitaban el hipo, una de tantas que venían a este lado del charco buscando una vida mejor.

buscando una vida mejor. Aprovechando el impasse he mantenido la conversación abierta para que el chico continuase libre en mi espacio vital, a ver si lograba que me contase alguna otra historia. A poco que se lo he facilitado, el muchacho ha empezado a desembuchar, como si así se aliviara, todas las historias oscuras del barrio. Me ha contado que una antigua cliente del bar, después de abandonar a su marido por un ingeniero quince años mayor que ella, acababa de morir en un accidente de tráfico por culpa de un kamikaze que circulaba en sentido contrario. También me ha hablado de otro vecino, propietario de una cadena de joyerías, que mantenía oscuros tratos con gente del Este, de Albania o Kosovo, y que en cuestión de meses vio cómo se le hundía el negocio y hasta le incendiaban el coche. Antes de marcharme, he estado a punto de preguntarle si estaría por allí el contador de historias loco que traía el mal fario, pero he pensado lo que he pensado y he cerrado la boca a tiempo.

todavía me volví una vez más, y cuando iba a preguntarle si sabía por qué Lord Byron se fue a morir a tierra griega, lo único que en verdad ha salido de mi boca ha sido si los turcos por fin nos habían invadido en vacaciones.

esta noche le contará a su novia lo imbéciles que nos volvemos con el síndrome post-vacacional. Ojalá tuviera razón, y fuera sólo eso. Mientras, me sigo preguntando lo que me importa: si lo de aquella tarde en Grecia fue cosa del vino, o fue la edad, que va haciendo mella; si de verdad el mar olía a rosas, o no fue más que otro engaño de algún cuento que ya ni recuerdo.

Carta abierta a una chica progre

te miro en tu provincia de tedio y plateresco, aquel itinerario entre el colegio de las monjas y el cine de los sábados, paseos con el primer novio entre los álamos del río, y el beso que te dio, o su mano en tu pecho, cuando la naturaleza toda, el universo, el puente romano y los ojos del agua miraban tu pecado original.

Así encarnaba la idea gaseosa de tu impureza, así empezaba todo, «doce veces impura», como te han llamado, muchacha, y desde los juegos infantiles, cuando el niño te ensuciaba de orines y arena, desde las páginas grandes y viriles del Antiguo Testamento, tú eras la suciedad, el pecado, el mal, la boca abierta de lo inmundado.

La idea de impureza flotaba sobre ti, era el sol sombrío que te iluminaba, el jura de tu niñez, hasta que aquel día, a la orilla del agua, el primer beso, el primer novio, la primera caricia, la respuesta húmeda y asustada de tu cuerpo al suyo, te dieron la medida y la realidad de tu pecado milenar.

Doce veces impura, doce edades impura, doce universos impura. Impura por toda la eternidad, y cómo volver a casa, al colegio, al refectorio de las monjas o al cuarto de labor de mamá. Todo ha sido así en España y en el mundo, y si a la mujer se la rodea de flores, si se le dice todo con flores -«dígaselo con flores, please»- es porque hay un convencimiento secreto de que la mujer huele mal.

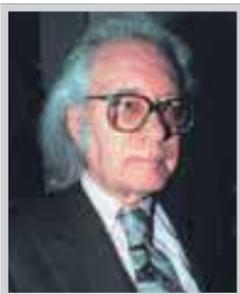
Tú no habías leído a Nietzsche, a Hegel, a Shopenhauer, pero todos estaban convencidos de que no tenías alma, aunque te miraban ya el cuerpo incipiente, al pasar, porque cuerpo sí que tenías, o ibas a tenerlo enseguida, y para mejor disponer de aquel cuerpo, era preferible despojarlo filosóficamente de alma.

hoy, como otras palabras están mal vistas, dicen que eres una progresista, y los costumbristas de urgencia te llaman progre, pero yo te miro en aquella infancia de postguerra, sobre poco más o menos, cuando jugábamos en lo que habían sido refugios antiaéreos, y tenías cinco o siete años y andabas medio desnuda por los desmontes, las ruinas, los escombros, los humos y las hambres, pues las guerras siempre aceleran un poco o un mucho la marcha de los tiempos -dicen los partidarios de hacerlas o los que juegan a consolarse con todo-, y gracias a la guerra pudimos nosotros, niños de postguerra, verte desnuda mucho antes de lo que habríamos podido en tiempos de paz.

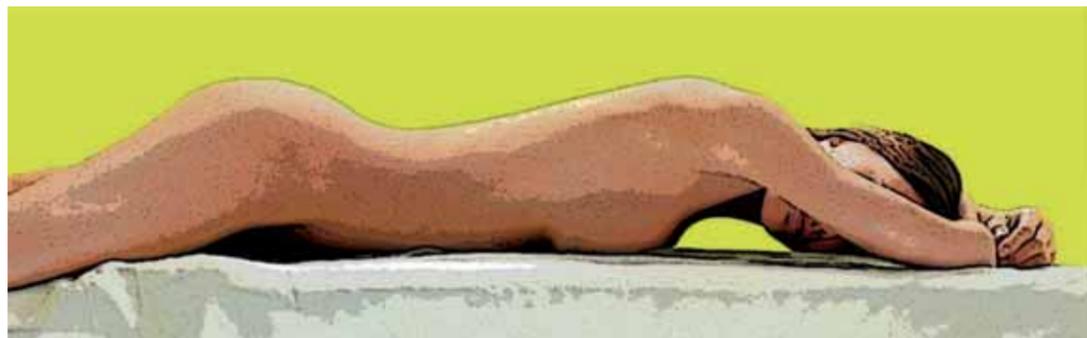
No siendo gitanos, como no éramos ni tú ni yo, no siendo sino niños de familias de orden, cuándo, sino gracias a la guerra, habrías andado tú con la braguita malva perdida, paseando tu desnudez pàrvula por sobre un paisaje foto de alambradas inútiles y bombas fallidas. Así que, quieran que no, la guerra nos maduró desde niños, y tú nunca tuviste las hortalizas y las sobrefaldas que hacían púdica y angelical a una niña antes de la guerra.

alas tampoco te salieron, como les salían a las niñas de antaño, pues ya no era nada tan bonito como entonces, y puesto que no tenías alas pudiste venir con nosotros, con los chicos, a jugar en las cloacas, en los desmontes, entre las tapias, y fuiste eso que se llama un chico, y eso llevas ganado, porque la niña con alas se encuentra muy incómoda de jovencita, y los novietes, al primer apechugón, se extrañan de tanta pluma y les parece que están seduciendo a una gallina, de modo que se van cantando bajito y si te he visto no me acuerdo.

Quizá tu frustración es el no haber tenido alas de niña, aunque Freud dice -ya sabes, don



Francisco Umbral



Yo te miro en aquella infancia de postguerra, sobre poco más o menos, cuando jugábamos en lo que habían sido refugios antiaéreos, y tenías cinco o siete años y andabas medio desnuda por los desmontes, las ruinas, los escombros, los humos y las hambres.

Segis- que tu frustración es no haber tenido pene, pues los señores sabios se han empeñado siempre en explicar la feminidad como una frustración y en buscaros lo que os falta, porque no se hacen ala idea de que a la mujer no le falte nada.

Ellos son así.

No hay más que leer las cartas de amor de Freud a su novia para ver que era un cursi y que de mujeres no sabía una palabra, ni por ciencia ni por experiencia, pues ya desde sus estudios de la sexualidad infantil empieza con lo del erotismo vaginal, que es un fantasma, y condena el erotismo clitoridiano, que es el gran erotismo femenino, como una aberración.

marie Bonaparte, nieta del emperador y discípulo de Freud, observa que ciertos salvajes castran el clítoris a sus mujeres para hacerlas frías y evitar el adulterio, a pesar de lo cual no se da por convencida de que el clítoris sea la clave del erotismo femenino, y saca del hecho consecuencias contrarias. Los salvajes en cuestión sabían más que ella de mujeres, y más, por supuesto, que don Segis, que perdía mucho el tiempo en su despacho ceniciento de Viena, mientras las mujeres de verdad, clitoridianas y vaginales, bailaban el vals en aquella ciudad alegre y confiada.

albert Ellis y otros científicos han dejado esto claro, pero todavía Simone de Beauvoir habla del orgasmo vaginal como de un quinto cielo, y esto es tan literario y tan anticientífico como hablar de las delicias de la noche de bodas, que suele ser tediosa, torpe, sangrienta, premiosa y mediocrementemente turística. Porque todos esos pensadores y científicos, al defender el orgasmo vaginal -inexistente-, están defendiendo en el fondo una realización sexual armónica, casi un ballet erótico, una unión mística de la pareja que no ha tenido nunca lugar en ninguna de las especies, pues en unas se da con precipitación unilateral y en otras con mucha armonía y unción como en algunas parejas humanas- pero con poca gratificación libidinal verdadera, ya que el acto sexual humano ha de ser y es -léase a Reich- plural,

variado, libre, sucesivo, anárquico, imaginativo y pragmático, sin posibilidad de ajustarse a ningún modelo escultórico.

Así las cosas, la defensa del orgasmo vaginal supone una pretensión de apolineísmo erótico que es la última apelación al idealismo dentro de la alcoba, con todo lo que el idealismo tiene ya de irracionalismo para la filosofía dialéctica.

Los últimos movimientos de liberación femenina que andan por el mundo ponen tanto énfasis en que se le haga justicia social a la mujer, por ejemplo, como en la defensa del clitoridiano, pues la distinción de la señora Bonaparte entre clitoridianas y vaginales es puramente especiosa, ya que sólo hay clitoridianas, y las otras, las llamadas vaginales, no son sino frustradas, adormecidas, pasivas, frías.

donde se ha dicho durante siglos que la mujer no tenía alma, debió decirse que la mujer no tenía clítoris. Ya sabemos que el orgasmo femenino es un hecho cultural, un descubrimiento muy tardío, porque el clitoridiano ha estado prácticamente dormido a lo largo de los tiempos.

La nueva mujer clitoridiana (que la Bonaparte condena como viriloide o sáfica) es la mujer agresiva, liberada, que ha conquistado su personalidad y su carácter, su vida sexual plena y, por tanto, una seguridad fisiológica y mental.

Pero entonces, muchacha, en aquellos años lluviosos y nublados, tú eras sólo una niña semi-desnuda por las ruinas del país y yo te miraba con ojos de pecado, y nuestro paraíso terrenal fue un mundo de ruinas y escaseces donde a veces tú tomabas la iniciativa erótica, en los cobertizos del suburbio, porque la niña, como la salvaje, todavía tiene iniciativa, y luego la pierde, se la arrebatan, en la vida, con la educación, el virilismo, las conveniencias de las gentes bien nacidas, el hogar, el matrimonio y los consejos de las tías solteras, que son unas arpías.

Pero decía que te miro en tu provincia de tedio y plateresco, etcétera. (Malo es empezar con un alejandrino).

Extraído del libro *Carta abierta a una chica progre*, editado por Ediciones Irreverentes

<http://www.franciscoumbral.com/>



Últimos libros del autor:

- *Carta abierta a una chica progre*
- *República bananera USA*
- *Diccionario para pobres*



Pues sí, mi abuelo fue verdugo

todo era gris, excepto mi estado de ánimo. Estaba contento sin motivo aparente, a pesar de que el color grisáceo de las nubes se reflejara con tristeza en el mar.

Quizá fuese por la tranquilidad que rodeaba el ambiente, acaso fuera por el panorama que contemplaba. ¿O sería por el olor a sardinas asadas?

Aguardaba en el embarcadero, relajado, a la barca motora que me trasladase al otro lado de la bahía, al mundanal ruido de la ciudad.

Momentos antes, vistiendo ropa ligera, había recorrido el campo de golf a paso lento. Invertí cerca de dos horas en andar las calles del cuidado césped, respetando bunkers y zonas de greens. A ratos descansaba en los bancos de madera que dominaban la marisma.

Aprovechando la espera, recreaba los ojos fijándoles en las aves que surcaban la bahía, o los acomodaba, en plano inferior, sobre las dunas del largo y estrecho puntal. Finalmente, permitía que la mirada buscara el infinito para perderse en el horizonte, allá donde se mezclaban el agua y el cielo hasta confundirse.

Lo intuí enseguida: venía hacia mí. Sospeché que la paz reinante, como las embarcaciones desgobernadas, íbase al garete.

Llevé a la boca las últimas quisquillas que quedaban en la bandeja, a las que el tabernero apellidara camarones en razón del precio facturado; bebí un sorbo de manzanilla facilitando que el detritus del crustáceo pasara suave garganta adentro, y me dispuse a afrontar el asedio verbal.

A medida que el individuo en cuestión se acercaba, el parpadeo y el tic labial de su cara adquirían rasgos de familiaridad. Atinada o no la apreciación, recibiría pronto las explicaciones pertinentes.

- ¿Me reconoces?
- Pues...
- De críos fuimos al mismo colegio – orientó.
- ¿A los salesianos?
- En efecto. ¿Lo recuerdas?
- Vagamente – admití.

El recién llegado cambió de repente el tema puntual de conversación y soltó la pregunta que suponía aseveración:

- Tu abuelo era verdugo, ¿verdad?
- Sí.

Decidí contestar de manera escueta. El subconsciente me decía que la respuesta asertiva pondría fin inmediato al diálogo. Recurrir a evasivas o utilizar subterfugios contribuiría a despertar la curiosidad morbosa del interlocutor; sólo conseguiría que la metrallada de su boca convirtiese los proyectiles verbales en inquisiciones molestas.

- Sí – repetí enfático –, mi abuelo fue uno de los verdugos más seguros que ha habido. Mataba rápido y sin fallo.

? Qué representa la figura del verdugo? En realidad refleja al personaje, casi mítico, propio de un país deprimido en que imperaba el rencor y la miseria. Halla espacio y delegación bajo la oscura época de la dictadura franquista.

¿Guarda valor alguno como institución?

Santo Tomás de Aquino justificaba la pena capital por ser medio esencial de disuasión delictiva, pero la entendía desprovista de sentido vengativo. La Iglesia Católica asimismo la aceptó, siguiendo el criterio del teólogo. Ahí las cosas, para materializarla es necesaria la instauración de ejecutores judiciales.

El 2 de mayo de 1974, José Moreno, nacido en el renombrado barrio andaluz de Triana, ajusti-



Álvaro Díaz Escobedo

ció al último sentenciado a garrote vil en España. Pese a que el funesto acto tuvo lugar en la cárcel de Tarragona, la Audiencia sevillana conserva el perverso instrumento exterminador.

Empecé a concienciarme de la repelente profesión que ejerciera el abuelo Cesáreo debido a las conversaciones que sorprendiera, años atrás, en el seno familiar, y por los muchos comentarios de aquellos que fueron parroquianos del establecimiento de comidas y bebidas que, en la puebla vieja, regentó otrora una abuela materna.

La intromisión del inoportuno sujeto que presumiera de haberme conocido en edad preescolar, abrió el archivo de los recuerdos almacenados en mi memoria.

Cuéntase que el susodicho abuelo distaba de parecer mal encarado, de estar recogido en el aislamiento o de mostrarse taciturno. Alto y erguido, gozaba de recia constitución física. Morigerado en comer y beber, bien parecido, resultaba agradable en el trato. Y, desde luego, no portaba equipajes que indujeran al misterio, ni llevaba pesados maletines que dieran pábulo a establecer sombrías cábalas. Dormía a pierna suelta y caminaba desenfadado. Aparte de participar en corrillos y tertulias vecinales, disfrutaba en los

espectáculos al aire libre y oía con fervor la misa dominical.

Por ende, rodeaba el diario quehacer de encomiable comportamiento humanitario, pues se aseguraba que, dentro del penoso trabajo prestado, ofrecía vino y pitillos a los condenados. A la vez, hablándoles, les distraía de macabros pensamientos.

Siempre le agradeceré que, sentándome junto a él, me enseñase ese juego cautivador de la mente que es el ajedrez. Tan curiosos como jocosos eran sus consejos al respecto: “Nunca te comas la dama, que enfadarás al rey. Además, las reinas, a semejanza de las ranas, producen arcadas al paladar de los pobres. Claro está que sucede igual con las mujeres del pueblo llano”.

El abuelo había seguido una peculiar trayectoria: de niño, monago; de joven, enterrador, y de hombre hecho, lacero municipal y sayón anónimo.

A raíz del devastador incendio de 1941, de la ciudad desaparecieron diversos comercios e instalaciones hoteleras. También desapareció de nuestro hogar el verdugo querido, mas en su caso atacado de incurable enfermedad.

¿Abandonó el mundo arrepintiéndose de algo? ¿Consideraba recriminable su propia condición?

Es muy probable que a las puertas del sueño eterno le asaltarían grandes tribulaciones. Puede que incluso remordimientos, aunque en el fondo fuese víctima propiciatoria sometida a un engranaje social y político que consentía y legalizaba la barbarie.

narra la historia que, corriendo 1928, el rey Fernando VII abolió el ahorcamiento. Considerándolo cruel en exceso, dispuso que en lo sucesivo se utilizase el garrote. Pero hizo distinciones en la aplicación; véase: garrote noble a los hijodalgos, garrote ordinario a los villanos pertenecientes a la clase media, y garrote vil a los plebeyos. Demostrando el escarnecimiento de las normas, los primeros iban en caballo ensillado, los segundos en mula y los últimos en burro o arrastrados. Eso sí, a todos les despedían mediante redobles de tambores de parche flojo, llamadas cajas destempladas, en expresión que ha prevalecido en nuestro lenguaje popular para quitarnos de encima a la gente molesta.

En principio, este sistema de ejecución consistía en simple y tremendo garrotazo que, poniendo de manifiesto la fortaleza del atizador, se descargaba en la cabeza o en la nuca. Camino de la perfección, pero con intenciones más perversas que las de Santa Teresa, el artillero pasó a convertirse en sólido collar de hierro que, atornillado, iba cerrándose hasta que el condenado moría por asfixia. Y denominaban catalana la variante que incluía un punzón, el cual, tras penetrar por el hueso occipital, destrozaba las vértebras cervicales.

Cuando a una persona hay que privarle de la vida, la causa y el sistema a seguir carecen de relevancia. Si la condena impuesta es de muerte, poco importará que se aplique por asesinato, crimen u homicidio, o que sea consecuencia de cometer deicidio, regicidio, parricidio, fratricidio o genocidio. Y ante el crudo destino que significa morir, poca diferencia existirá entre el aplastamiento por elefante, la rueda, el empalamiento, la lapidación, los mil cortes o el garrote vil, por citar formas anticuadas e infrecuentes. En las civilizaciones que presumen de avanzadas se mata con métodos sofisticados, obtenidos en laboratorios químicos.

despejé ideas y comprobé que estábamos atracando. Mientras el marinero trincaba el cabo al noray de amarre, levanté la vista al cielo y, sonriendo, dije en voz baja: ¡Vaya huevos los tuyos, yayo!



Fernando VII abolió el ahorcamiento. Considerándolo cruel en exceso, dispuso que en lo sucesivo se utilizase el garrote. Pero hizo distinciones en la aplicación; véase: garrote noble a los hijodalgos, garrote ordinario a los villanos pertenecientes a la clase media, y garrote vil a los plebeyos

<http://diazescobedo.blogspot.com>



Último libro del autor:

• Esencia de mujer

Ágora irreverente

me parece que una de las más dignas misiones del crítico —observador, historiador,

poeta, escritor o periodista— es la de preparar el camino de las manifestaciones creadoras, la de reconocer sus huellas mientras flotan todavía en el mar del anonimato, o cuando la incompreensión de los demás, amenazan su verdadera acción; nada más lejos de esto el aceptar todo ciegamente con un “sí”, se trate de la buena o mala hierba. Por el contrario, lo que se exige es la máxima capacidad de distinción, es decir, juicios que afincados en el corazón de la época, con frecuencia, tan sólo revelan mucho más tarde, que el observador reconoció los síntomas, que habían de convertirse en sostenes angulares de la evolución urbanística.

en el campo de la arquitectura y el urbanismo, como en el arte en general, muchas cosas han cambiado en los últimos decenios. Las fuerzas creadoras cobran mayor influencia y, en el urbanismo, las perspectivas son incomparablemente mejores que hace un siglo, pero eso no es así en la arquitectura. La arquitectura de los barrios nuevos ha, perdido la esencia de los “viejos” edificios que poseían alma. Y ese evento se puede contrastar, al observar viejas fotos de la ciudades que habitamos.

no le echemos la culpa a la herramienta de nuestra mente. Las bellas artes, y, la arquitectura que lo es, deben reconocer con exactitud el grado en el cual se obligan a limitarse o fomentarse nuestros instintos individuales.

el otro día, después de comer, paseaba por la plazuela de mi ciudad, cansado o más bien adormilado por el sopor de la digestión; me senté en un apartado banco, que estaba cercado por multitud de vehículos aparcados. Mientras cabeceaba, se me acercó un venerable anciano de barba blanca. Se paró frente a mí y desorientado miraba como los automóviles ocupaban toda la plaza. Acaricié su barba, me miró fijamente y exclamó:

—La ciudad es un ensayo de secesión que hace el hombre para vivir fuera y frente al cosmos, tomando de él porciones selectas y acotadas. La urbe es ante todo, esto plazuela, ágora, lugar para la conversación, la disputa, la elocuencia, la



José Enrique Canabal Barreiro

<http://www.joseenriquecanabal.com>



Últimos libros del autor:

- Marea Baja
- El Vidente
- Luna de hojas muertas
- Rescoldos



política. En rigor, la urbe clásica no debería tener casas, sino solo fachadas que son necesarias para cerrar una plaza, escena artificial que el animal político acota sobre el espacio agrícola.

—Tiene usted toda la razón.— Le respondí perplejo, aquella cara me era conocida, aunque presentía que procedía de otro tiempo. Tan sólo pude apostillar.— Ahora las plazuelas están ocupadas por los coches y no dejan lugar al hombre.

—¿Y los ancianos ya no platican en la plaza?

—No, y los niños tampoco juegan en ella.—

Le contesté, al mismo tiempo que vi como el anciano se alejaba y creía ver como unas resacas lágrimas resbalaban por su rostro. De repente se dio la vuelta y me dijo:

—Vengo de la Plaza Mayor y allí tampoco hay vida. —Me inquirió descorazonado.

—No sé que decirle. —Le respondí turbado.

—Pues tome nota jovencito: La tierra, el suelo y el urbanismo constituyen una trilogía que intervino en el mayor y más continuado negocio de los últimos veinticinco años. Todo ello me conduce a un pensamiento del filósofo Aben-jaldum. “La sociedad humana comienza libre en el campo..., funda la ciudad... y establece el ciclo de la misma: nacida en el campo, fructifica, conquista a otros grupos a lo que reúne bajo una soberanía, y muere en la ciudad, fundada como resistencia de ese poder político”

—Pero el legislador aplica el reglamento. —Le repliqué algo molesto

La ciudad es un ensayo de secesión que hace el hombre para vivir fuera y frente al cosmos

—Y de qué le sirve al legislador aplicar el reglamento si al fin pierde su alma.

—Es un usted un viejo radical.— Le miré algo confuso por la falta de respeto de mi apreciación, pero él no se dio por aludido.

—Jovencito me gustaría que los legisladores de las ciudades, tuvieran en cuenta este profundo pensamiento y lo acompañaran de la experiencia, que es como una linterna colgada a la espalda que ilumina nuestro pasado, es un instrumento muy eficaz para los que, como los cangrejos, caminan hacia atrás. Adiós. Vuelvo a mi morada. El futuro no me gusta, ha perdido la sensibilidad.

—Adiós. Por cierto,— le dije — ¿cual es su nombre? Le conozco pero no...

—Me llamo José Ortega y Gasset—. Cabizbajo y con un andar cansino marchó calle abajo.

Poesía



Marta Canabal Mazorra

Deseo

*Deseo que me ames y compartir la eternidad.
Deseo amarte y que te sientas amada.
Deseo verte cada mañana cuando despiertas.
Deseo sentirte en cada momento de mi vida.
Deseo verte gozar con mi gozo.
Deseo fundirme para siempre dentro de ti.
Deseo tu boca diciendo mi nombre.
Deseo tu llanto tras haberme amado.
Deseo estar a tu lado cuando me necesites.
Deseo construir los pilares de nuestro jardín.
Deseo verte con el llanto de un niño.
Deseo esos momentos cotidianos me que me enamoran te di.*

La peur

*On a peur à aimer et ne pas être aimés.
On a peur à être aimés et vouloir fuir.
On a peur à vivre sans avoir vécu.
On a peur à avoir vécu et trop souffert.
J'ai du respect mais je n'ai pas peur à la peur.*

Hace casi dos semanas que te fuiste

*Hace casi dos semanas que te fuiste
Parece que hace dos años que marchaste.
Amanece un día sin despertar,
un almuerzo no compartido.
Anochece un poema no leído,
una sabana por arrugar.
Que la vida haga de tu ausencia la presencia al despertar
y que esa presencia me acompañe al dormir.*

El momento más dulce del día

*La mañana, es el momento mas dulce del día.
Tu piel es mas tersa.
Tu gesto relajado, descansa.
Mis besos desean acercarse.
El despertador suena antes,
es el momento mas dulce del día.
Tu cuerpo se contorna al paso de mis labios.
Tus ojos duermen y tus labios sonrien.*

Sabía que te iba a echar de menos, pero no sabía cuánto

*Sabía que te iba a echar de menos
pero no sabía cuanto.
Creía que el recuerdo reciente sería añorado,
pero es el más lejano el que falta.
Quiero ir a buscarte a tu casa.
Para ir a correr en el parque.
Para que me invites a cenar.
Para verte.
Quiero sentarme en el colchón sin somier,
con mi falda y tacones, mientras cocinas.
Quiero ver la luna cuando está más grande
y une sentimientos y desvela verdades negadas.
Quiero ver el lago.
Testigo del amor disimulado,
del amor concebido,
y, del amor negado.
Te espero y creo que vuelves.
Espero el regreso de tu aliento.*



Historia Sagrada: Vidas de Santos

El Cristianismo, San Jerónimo y la dignidad femenina

muy pronto la Iglesia se planteó la cuestión del adulterio, tomando desde el principio

un doble rasero para juzgar los hechos, según se tratase del Rey de la Creación o de su indigna compañera.

Edifica examinar las instrucciones de San Jerónimo, representativas de un cristianismo ya madurito (siglo IV), pasadas las improvisaciones de los primeros días. El lector centrará históricamente a este santo si le recuerdo que fue gran amigo del mismísimo San Cromacio, el que llegó a obispo de Aquilea, y también de Hylas, aquel que en tiempos había sido esclavo de Santa Melania.

Sin embargo, la relación más controvertida de este asceta fue la que mantuvo con Santa Paula ya que, por toda Roma, hubo murmuraciones escandalosas que le obligaron a retirarse a Tierra Santa. Algo más tarde Jerónimo y Paula se reencontraron en Belén donde, concretamente con el dinero de la santa, fundaron una hostería a la manera de las actuales casas rurales, y disfrutaron unos años de turismo rural ascético.

Advertido por San Pamaquio, yerno de Paula, del avance de la peste herética pelagiana en Roma, arremetió en sus escritos de denuncia, contra Helvidio primero y contra Vigilancio más tarde. Aunque se dice de él que domesticó a un león mediante la acción y efecto de extraerle una espina de la pata, ese heroísmo corresponde realmente a San Gerásimo.

San Jerónimo arenga a las mujeres en sus cartas para que sigan un riguroso ascetismo orientado a conjurar la lujuria. Para este santo, la mujer es un desastre con patas y la imagen neta de la concupiscencia: caprichosa, centrada en corromper al hombre, pozo sin fondo de lascivia... no hay mujer que busque marido si no es para dormir con él” También establece un conjunto de precauciones antisexo que debe seguir la buena cristiana: frente a la ociosidad de las romanas aristócratas recomienda hilar y hacerse los propios vestidos, la comida deberá ser moderada, evitando los alimentos calientes que despiertan la lujuria; verduras sí, carnes no, faisanes y otros volátiles sugerentes tampoco. Igualmente no tomar baños en los que la mujer pueda verse a sí misma desnuda y, peor aún, los públicos, donde hay eunucos y casadas.

“La cristiana, por el contrario, debe ser desaseada, pues la curiosidad del cuerpo y del vestido delatan la suciedad del alma”. Se trata de un recio y pavoroso concepto de la higiene antilujuria que llevará posteriormente a las monjas a lavarse con la ropa puesta. Aquí, en las reflexiones de San Jerónimo, se estaban poniendo las más peligrosas cargas de profundidad contra las multinacionales del detergente.

Si la limpieza constituye un peligro mortal, no ocurre lo mismo con la riqueza, ya que esta “no es obstáculo para la salvación si se hace un buen uso de ella”. En lugar del clásico “pobre pero honrado” nos encontramos aquí con la campechana variante del “sucio pero rico”, como camino de santidad.

Aseado o no, el hombre adúltero, a diferencia de la mujer, podía acogerse a todo tipo de atenuantes, incluso a uno muy pintoresco, podría decirse “de calidad”, introducido por Alano de



Rafael Domínguez



Lille en su Manual de Confesión: “Aquella con quien fue cometido el pecado... ¿Era hermosa? En caso afirmativo conviene moderar la penitencia.” Abundaba Santo Tomás en que un pecado es tanto menos grave cuanto más inclinado se está a cometerlo y, al contrario, habría que pensar que si no existe la menor tendencia natural a realizar el acto pecaminoso, si no está en la sangre el impulso, su gravedad será terrible.

De esta sabia reflexión se deduce la levedad intrínseca que pudo ofrecer un intento de violación de Marilyn Monroe y la extremada impureza que existe, en orden a la salvación eterna, en la seducción de un oso hormiguero.

durante la Edad Media surgió una interesante fórmula de amor cortés que iba rozando los límites del pecado, la “Fin Amours”, que es una especie de pillería externa al matrimonio. El “Fin amante” siente por la Dama adoración y respeto. Él la elogia, ella le permanece fiel. En general renuncian al placer directo, bastando las miradas, el roce de las manos, el diálogo y el beso.

Un extremo de la “Fin Amours” lo fue el amor camisero de la dama de Fayel al castellano de Coucy: este noble marchó a las Cruzadas (al cambio, como irse ahora a Irak) y después de algunos correteos en pos de los nativos, le envió una camisa usada a su dama. Ella, pese a gastar diariamente marido, se ponía la camisa por la noche, cuando la excitación amorosa la impedía dormir, imaginándose al contacto del lienzo el cuerpo y los besos del amante virtual. El consorte de la dama aguantaba impertérrito aquel sospechoso apañeo textil y su difusión en poesía, o bien porque llegaba al catre muy metido en vino, o bien porque la moda, lo que se lleva eróticamente cada siglo, tiene mucha fuerza.

No duró mucho ese remanso; poco más tarde, en los siglos XIII y XIV, registramos una modalidad preolímpica de penalización a las mujeres infieles, con versiones motorizadas –sobre asno- y versiones a pie. Se conocía el espectáculo como “la carrera de las adúlteras”. En el transcurso

San Jerónimo arenga a las mujeres para que sigan un riguroso ascetismo orientado a conjurar la lujuria. Para este santo, la mujer es un desastre y la imagen neta de la concupiscencia: caprichosa, centrada en corromper al hombre, pozo sin fondo de lascivia.

de esta se paseaba a la condenada sobre un asno miserable, sobre un carro o bien a pie, y se la azotaba con varas, correas y cuerdas anudadas. En la ciudad de Alais debían sufrir la pena los dos adúlteros, pero se especificaba que la mujer iría delante recibiendo el grueso del castigo.

No en vano ha sido la mujer la que comió el fruto prohibido del Paraíso y seguidamente hizo probar a Adán, provocando la denuncia del Convenio Colectivo Original. Solo se la tolera porque, si no existiese, nadie daría a luz al Rey de la Creación, al varón hecho a imagen y semejanza de su Dios. Pero ella no lo agradece: se convierte de madre en adúltera y procede a corromper al vecino del cuarto, porque su sola existencia es una provocación permanente.

pero la mujer, como ser corruptor del Hombre, recibe su castigo, incluso en nuestro tiempo. En la Instrucción Pastoral “Teología y secularización en España”, de marzo del 2006, en su punto 45, los obispos nos advierten que “Es preciso recordar las determinaciones magisteriales acerca del varón como único sujeto válido del orden sacramental, porque tal fue la voluntad de Cristo al instituir el sacerdocio”. “La doctrina sobre la ordenación sacerdotal reservada a los varones debe ser mantenida de forma definitiva, pues ha sido propuesta infaliblemente por el Magisterio ordinario y universal”.

Eran demasiadas afrentas de Chita a Tarzán: La metedura de pata del Paraíso, los coqueteos ambiguos de María Magdalena, la tentación permanente a maridos y extraños, la obsesión por la danza, la manía de los perfumes y los aceites, la cosa de las ropitas y, para colmo, ese diseño corporal que hace que, en lugar de transportar el sexo en un monedero, noble y claramente, como lo lleva el varón, la mujer lo tenga distribuido por todo su cuerpo hasta fundirse con él.

Muchos dicen que, por más que uno busque, no se encuentra ningún mandato donde Cristo prohíba el sacerdocio femenino. Es igual, pues con o sin texto del Fundador, San Jerónimo puso el dedo en la llaga.

<http://rafaeldominguez.blogspot.com/>



Últimos libros del autor:

- La firma cristiana como marca
- Historias extremas de América
- Historias del sexo prohibido
- Estructura social española
- Las excursiones americanas de los españoles



Crítica literaria

por Eduardo Campos

Donde no llegan los sueños

Miguel Ángel de Rus

Donde no llegan los sueños es uno de los mejores libros de relatos cortos que he leído en los últimos años. Es alta literatura a la medida de su autor. No me cansaré de repetir la dificultad que plantea la elaboración de un relato en comparación con una novela; aquí no hay margen de error; el relato es bueno o malo, pero no hay tiempo para mejorarlo y los personajes si nacen torcidos, así se quedan y el autor puede enloquecer por tener que condensar en pocas palabras pensamientos eternos. Como si de un mal de Stendhal se tratara el lector puede sufrir mareos, vómitos y fobia literaria, pero nunca quedará defraudado por la visión de la sociedad actual que contempla. Miguel Ángel de Rus nos muestra un panorama desolado; un panorama en rojo y negro de la realidad. Los protagonistas son de los que han luchado por algo y han obtenido un empate entre los ideales, las frustraciones y las ganas de mandarlo todo a la mierda. Entre otros relatos desataca Dos Ataúdes Sombríos, un cuento casi gótico pero actual, con la tuerca vuelta hacia Henry James, en el que todo se insinúa de forma morbosa. La Verdad, el cuarto relato del libro, es una narración entre Kafka y Borges, de laberintos y burocracia, con un extraordinario y desasosegante final. Donde No Llegan los Sueños, es la gran obra de un descreído, un libro para pensar, para sentarse, para parar el mundo y bajarse a mirar desde un café, es un libro que te acompaña, pero no como un perro faldero, sino más bien como el ángel siniestro que te guiará en una última caída; es su obra tenebrosa, entre el terror y la novela gótica. No apta para cardiacos, ni tampoco aconsejable a celíacos y mujeres de buen vivir, muestra un autor menos irreverente con el mundo pero más consigo mismo.

Donde no llegan los sueños es el octavo libro de Miguel Ángel de Rus



Marina

Carlos Ruiz Zafón

Cuando nos referimos a Carlos Ruiz Zafón no podemos evitar reseñar el indiscutible éxito literario de los últimos años; su obra La sombra del viento, cuya lectura devoré con ansia y con una intensidad que desconocía desde hace años. De la noche a la mañana un autor desconocido se había colado por la puerta de atrás en medio del panorama literario español contemporáneo. Años después, aprovechando el suave estío, compro una edición de bolsillo de una obra previa de este autor; el título sugerente, la encuadernación barata y muy apropiada para llevar a la piscina y al chiringuito. Su lectura nos recuerda constantemente el esquema de su obra posterior: personajes similares, misterio, escenas de terror gótico; llega un momento en que sospechas que La sombra del viento es un buen calco de esta y te preguntas si la obra es buena aunque se parezca a la anterior o si segundas partes imitadas nunca fueron tan buenas como nos parecieron al principio. En definitiva, el eterno debate sobre la personalidad del autor y su influencia en su obra, pero trasladada también a la temática, al entorno y a los personajes. Conforme avanza la obra la trama huye del realismo exacerbado y pasa a una ficción novelada con tintes fantásticos, separándose de la posterior y mostrando a un autor por madurar, pero con gran potencial evolutivo.

Marina es el sueño inalcanzado de un muchacho que estudia en un internado de Barcelona; juntos viven una historia trepidante y fantástica rememorando una Barcelona anterior cargada de recuerdos, palacios y épocas que ya nunca volverán.

Los personajes están muy bien descritos; rápidamente nos hacemos a ellos y nos familiarizamos con sus sentimientos y deseos. Se produce una ligera evolución y siempre guardan algo que provoca en el lector una sensación expectante, pendiente de que aparezca algo más, como si quedara algo del personaje por contar o como si esperáramos una repentina revelación que nunca llega.

Recomiendo su lectura a aquellos que han disfrutado de alguna edición de La sombra del viento; no es una novela tan buena, pero si es interesante y nos permite entender mejor el estilo de Carlos Ruiz Zafón.



El Afgano

Frederick Forsyth

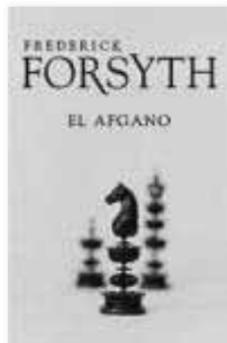
En esta ocasión Frederick, autor de best sellers universales como El Cuarto Protocolo o Chacal, nos plantea una novela fiel a su estilo más característico: acción trepidante, trama interesante que te engancha y obliga a una lectura voraz desde el principio, y una documentación extensa del tema a tratar. La intervención de un teléfono móvil permite a los norteamericanos averiguar que Al-Qaida intenta hacer un gran atentado en Occidente. Por medio de un coronel retirado con ascendencia árabe, se infiltran en la organización terrorista para intentar evitar el atentado.

Se trata de un tema de actualidad y el autor pretende justificar a todas las partes en conflicto, criticando el fundamentalismo en su concepto radical, pero entendiendo su difusión por estos países. La novela está perfectamente documentada y huye de los habituales convencionalismos que nos muestran un Oriente contra Occidente actual como consecuencia de épocas muy anteriores y sin que los últimos doscientos años de historia universal no hayan significado nada.

Frederick Forsyth nos enseña las profundas diferencias entre ambas culturas y nos muestra como en todas las sociedades se produce una lucha entre el bien y el mal, entre los moderados y los radicales...

La invasión soviética de Afganistán es el punto de partida cronológico de la novela y el planteamiento de ese conflicto, la guerra civil posterior y el nacimiento de organizaciones terroristas en la zona está magistralmente planteado con muchas citas y datos que explican de manera didáctica el conflicto.

No todo en la novela podía ser bueno; aunque fiel a su estilo periodístico el autor no evoluciona y sus personajes son algo planos, sin evolución en la novela y no se describen siquiera sus sentimientos, buscando una narración cinematográfica más que una novela de literatura contemporánea. Las escenas de acción suceden con frialdad sin que en ningún momento se transmita la verdadera gravedad de los hechos y la tragedia, el drama y el horror brillan por su ausencia. Literatura fácil para la piscina o el chiringuito que en ningún caso incita al lector a pensar o realizar algún planteamiento respecto del conflicto.



Esencia de Mujer

Álvaro Díaz Escobedo

Esencia de mujer es una obra de sutil literatura erótica planteada en trece escenas donde su autor nos muestra diferentes aspectos del erotismo en la vida cotidiana de los personajes; son escenas tranquilas y la narración deambula por ellos con elegancia y discreción; lejos de caer en el erotismo explícito podríamos hablar de un erotismo onírico e incluso mágico, muy distante de Lulús, Gabrielas y otros cuerpos serranos de imaginación adolescente. Su estilo no molesta, a veces es algo trasgresor, pero siempre con su habitual pluma fina e inteligente.

Sigue la corriente irreverente de realizar novelas eróticas (Antonio López con Cuando fuimos agua o José Enrique Canabal en Luna de Hojas Muertas) y a tantos otros que cultivan el género para que no caiga en el olvido al que el marketing quiere llevar. Ya no ganará La sonrisa vertical, pero quedará ahí por su frescura y elegancia.

Los personajes son muy sencillos, sin caer en lo simple. Son historias cotidianas en escenarios cotidianos descritos con rigor y barroquismo dialéctico; la riqueza del lenguaje y el dominio de la técnica es abrumadora en determinados momentos de la narración, si bien son personajes que en algunos casos podrían tener mayor profundidad, necesaria en el tipo de historias que se cuentan. Me ha gustado especialmente el relato llamado Ceguera, donde a la maravillosa descripción de los pensamientos y la perfecta descripción de las sensaciones de una persona que tras acompañar a una ciega a su casa realiza actos sexuales con ella, se une un tono hilarante y un final que causa sorpresa, risa y deja un sabor agradable y refrescante a la vez, todo con mucha, mucha inteligencia.





237 razones para el sexo, unas 45 para leer

Una de esas universidades yanquis que no tienen nada importante que hacer y buscan publicidad elaborando estudios absurdos hizo público hace poco un trabajo según el cual hay 237 razones para tener relaciones sexuales. IRREVERENTES no es menos; hemos encontrado unas 45 para leer. Ya está bien.



La Universidad de Texas (Austin) hizo una encuesta entre 1.549 ciudadanos de los que nada sabemos —quizá de esos que llevan pantalones cortos, gorra de béisbol hacia atrás y calcetines blancos— y encontró razones para fornicar como “para quemar calorías” o “para cambiar el tema de conversación”. Otros dicen hacerlo para “para tener hijos”, “por placer”, para “aliviar la tensión sexual”, “para reducir el estrés”, “por deseo físico” o por “búsqueda de experiencias”. Incluso uno afirmó, “lo hice para vengarme porque mi pareja me engañó” y otro no menos sabio “porque estaba borracho”. La razón más extraña es “para quitarme el dolor de cabeza”. Algunas de las personas que participaron en la investigación afirmaron que tenían relaciones sexuales para sentirse poderosas, mientras que otras lo hacían justo para lo contrario, para degradarse.

Estas razones se engloban en cuatro grupos: motivos físicos, utilitaristas, emocionales y los que se nutren directamente de la inseguridad.

Las respuestas no difieren mucho de las que podrían haber dado un simio, una loba o un chuchito si supieran hablar. No eran especialmente relevantes. Así pues ya que una universidad yanqui se dedica a buscar razones para los instintos del hombre, vamos a meditar sobre lo que separa al hombre del animal: el intelecto, y preguntemos a escritores y lectores por qué escriben. Si lo hace la universidad de Texas, no vamos a ser menos. Tenía muy claro que comencé a leer porque la vida me parecía aburrida, escasa, porque me atraían los libros, sus formas, su olor, sus palabras, las miles de historias que podía vivir sin

tener que soportar a nadie que lo estropeará, pero quería saber qué mueve a leer —y no precisamente el Marca, el ABC o el Hola— a los otros.

Los razonamientos son de gran interés y muy variados, aunque ni de lejos alcanzan los 237 motivos que se aducen para el sexo. En todo caso, hemos recabado unas 45 razones, aproximadamente, que tienen gran valor. Al parecer el actual presidente del gobierno español escribió un texto con sus propios argumentos, pero tras leerlo, llegamos a la conclusión de que las razones aquí expuestas eran más interesantes. Vamos con ellas.

Horacio Vázquez Rial, escritor de primera línea, autor de novelas como *La Isla inútil* o *Frontera Sur*, finalista del Premio Nadal y del Plaza y Janés, ganador del Premio Generación del 27, me confesó “La verdad es que yo no he encontrado 237 razones para practicar el sexo. Siempre me las he arreglado bastante bien con cuatro o cinco, y la mayor parte del tiempo con sólo un par o, en circunstancias apuradas, con una. Cierto: para leer, casi nunca hay circunstancias apuradas, de modo que uno puede apañarse hasta con menos. Yo empecé a leer de manera constante cuando descubrí que había gente capaz de decir lo que yo pensaba y no conseguía expresar. En primer detonador de una adicción es la exaltación del yo (sea o no real, es lo que se siente), y eso se logra mediante la identificación soberbia: Kant, o Hesse, o Pessoa, piensan lo mismo que yo. Y a partir de ahí, el resto del camino se hace solo. El segundo detonador, en mi caso, fue el descubrimiento de que yo también podía hacerlo, porque leyendo, uno aprende a poner las cosas en palabras propias. Hace mucho que

leo porque escribo y viceversa. Las dos cosas me dan un enorme placer. Y no necesito más.”

Otro grande de las letras en español, el poeta, Premio Nacional de Traducción y ex director de la Biblioteca Nacional y ex Secretario de Estado de Cultura, Luis Alberto de Cuenca, sostiene que “encuentro tantas razones para leer que no podría enumerarlas. Sería más fácil dar las razones que podrían esgrimir los defensores de la no lectura, porque serían, en el caso que las hubiese, poquísimas. Sólo los imbéciles o los analfabetos pueden negarse a la única actividad plena y característicamente humana: la lectura.”

No se sabe si con un punto de ironía o de saudade, quizá debido a que es gallego de los de las leyendas, el autor de novelas como

Marea Baja y *El vidente*, José Enrique Canabal, al pedirle una declaración de sus razones para leer, afirma que “para mí, actualmente leer no es una confesión sino una inspiración de desdicha; por ello, cuando yo leo, empiezo a leer los libros de atrás a delante; así, si me fenezco antes de acabarlo, al menos conoceré el final.”

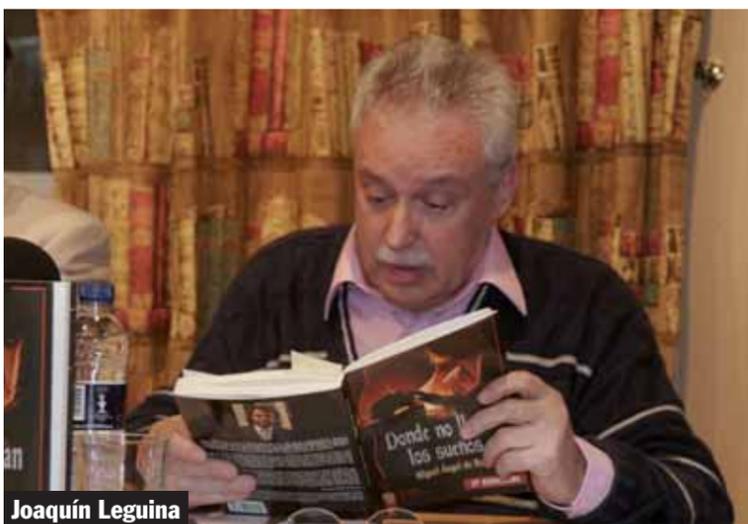
Manuel Cortés Blanco, autor que está teniendo un gran éxito con su segundo libro *Cartas para un país sin magia* prefirió usar las palabras de autores a los que admira; “como dijo Pablo Neruda, “Muere lentamente quien no viaja, quien no lee, quien no oye música, quien no encuentra gracias a sí mismo. Mempo Giardinelli afirmó que Un pueblo que no lee está condenado a la extinción. Y la tercera, mi frase favorita es del

irreverente autor francés Michel Houellebecq: Vivir sin leer es peligroso: obliga a conformarse con la vida. Creo que es la frase que mejor define por qué amamos la literatura.”

Antonio López del Moral, guionista de TVE y escritor de reciente éxito con su novela erótica, *Cuando fuimos agua*, defiende el valor vital de la literatura, “Es la única forma en la que podemos contemplar a Emma Bovary haciendo sexo. Leer te permite fisgar en las vidas de los demás sin que te tilden de adicto a la telebasura. Escuchar la voz del Lazarillo de Tormes, aspirar los olores picantes de las axilas de Sancho Panza, deleitarte con el sabor de la escueta sopa de garbanzos del Buscón, o practicar la realidad virtual mnemónica con la magdalena mojada en té, son experiencias más allá del límite que sólo se llegan a vivir a través de la lectura o de ciertas drogas. Créanme: los libros salen mucho más baratos, y al terminar no te duele la cabeza.”

Buscando en Internet encontré unas frases interesantes de Arturo Pérez Reverte; “lee como mínimo a Quevedo y a Cervantes, échale un vistazo al teatro y la poesía del siglo de Oro, conoce a Moratín, que era madrileño, a Galdós, que era canario, a Valle-Inclán, que era gallego, a Pío Baroja, que era vasco.” Y en Internet también encontré tres respuestas simpáticas, que no aportan demasiado al debate, pero tienen una cierta parte razonable; la del portugués Lobo Antunes, “Leo porque no sé bailar como Fred Astaire”; la de Hernán Migoya, “Mientras lees un libro, no hay peligro de que mates a nadie”, y la de Javier Cercas, “son las mismas que encuentro para follar o para comer jamón de jabugo. Si hay gente a

Leer es la única forma en la que podemos contemplar a Emma Bovary haciendo sexo



Joaquín Leguina



Antonio López del Moral y Horacio Vázquez Rial

la que no le gusta follar ni comer jamón de jabugo, allá ellos.”

Anika Lillo, responsable de la muy interesante web literaria Anika entre libros, me dijo “para echar la vista atrás y descubrir que has aprovechado el tiempo”; Alberto Castellón reciente ganador del premio Felipe Trigo, y autor de la muy alimenticia novela erótica *Victoria y el fumador*, aseguró muy serio “Es como si me preguntaran que por qué me fumo un cigarrillo tras las comidas. Pues por qué va a ser, porque me gusta, o dicho de otra forma, porque me da la gana. Otra razón más: Porque la vida es muy corta, y el día sólo tiene veinticuatro horas, y hay tantos libros pendientes...”

Francisco Legaz, aún finalizando la promoción de su segunda novela, *Un viaje hacia el abismo*, y ya a punto de publicar la tercera, respondió “Cuando el sexo lo tienes un poco difícil, lo mejor es leer. Leer es algo sexual, como todo lo que hacemos en la vida. Hay una buena razón para leer, y no es otra que el sexo. Una de las razones principales para leer, es el sexo, sobre todo el femenino. Son las únicas que leen. Hay otra buena razón, después de tirarte en el colegio más de diez años, aprendiendo a leer, hay que rentabilizar la inversión. Lee. Si nunca lees, será por algo. Si no paras de leer en todo el día será por algo. Si no paras de hacer sexo en todo el día, será por algo. Si no haces ni sexo, ni lees, será por algo. Algo... todos sabemos lo que significa ese algo.”

La escritora ibicenca afincada en Edimburgo Carmen Matutes autora de la novela *Andrea (s)* remató “Puedes trasladarte a otra esquina del universo desde donde quizá uno puede alcanzar una perspectiva distinta, ni mejor ni peor, seguramente, pero definitivamente diferente de la que –quizá sólo hasta entonces–

era la propia. La lectura da la capacidad de ver a través de otros ojos, escuchar con otro oído y procesar la información con otras neuronas –aunque claro, es necesario abrir los propios ojos, afinar el oído propio y usar las neuronas que a uno le queden–. Seguramente por todo lo anterior contribuye a abrir la mente, a hacernos menos provincianos –siempre, claro está, que sepamos leer también a quienes provienen de otra provincia, de otra esquina de un universo físico o figurado–. Al menos en teoría eso favorecería la convivencia... definitivamente no leemos suficiente.”

Una respuesta que intenta conciliar sexo y literatura es la de Antonio García Montes, que acaba de presentar el libro de reflexiones *Los nuevos proscritos*, quien afirma “Una razón de peso para leer buena literatura, es que se puede ejercitar de paso y al alimón la típica gayola; así consigues andar incluido en las dos opciones.” También encuentra razones para unir sexo y literatura Álvaro Díaz Escobedo, autor del libro erótico *Esencia de mujer*, quien cree que “Las razones son las mismas, sin duda. Haciendo el amor ejercitamos el cuerpo; practicando la lectura desarrollamos la mente y la imaginación. Por consiguiente, un coito, un libro..., o viceversa. Al fin y al cabo, todo hace referencia a cuestiones de mucho gusto. También se podría decir con otras palabras, que textualmente no recuerdo, pero que fueron dichas por Madame Swetchine: Frente a una tumba nadie me responde, pero me oyen; leyendo un libro nadie me oye, pero obtengo muchas e interesantes respuestas. Y la tercera y última razón, aprendemos más. A veces, a través de la buena lectura los sueños se hacen realidad. Leo, luego existo.”

El autor del libro *La Xpina*, Guillermo Sastre, afirma, que “me confabulo con el juego de la imaginación. Amplifico lo nimio y minimizo la magnitud del escritor para revertir la convencional y preconcebida existencia real al goce imaginativo, subvirtiéndome y remodelándome, influenciado por el autor. ¿Qué escritor no

En España no se lee porque hace demasiado buen tiempo

está influenciado? El deporte de la imaginación es infinito. Me divierto a mí mismo, aprendiendo de los demás, vacunándome de las depresiones emocionales y de las opresiones del mundo exterior.”

Buscando opiniones de lectores, pregunté a los ciudadanos más anónimos en un foro lite-

rario por las razones que tienen para leer, y el resultado fue muy interesante; Verónica contestó “Hace vivir otras vidas, desarrolla la inteligencia, mejora el lenguaje, y predispone al deseo”. José María dejó escrito “Porque la falsedad de la novela nos ayuda a soportar y comprender la realidad”, Anna escribió “Porque un día descubrí que la lectura hace lo mismo que el Tranquimazin y sin efectos secundarios: me relaja”, que es, sin duda, una de las respuestas más esclarecedoras; Victoria escribió “Para vivir más, para detener el tiempo” y Augusto afirmó que “Al leer eres Cyrano de Bergerac, el Marqués de Bradomín, Edmon Dantés o el Lobo Hombre. Lo cotidiano desaparece y la vida brota en ti”, relativamente cercano a lo firmado por Aurelio, “La vida es gris y llegado a un cierto punto se comprende que sus límites son opresivos e insalvables. La literatura agranda el mundo y le dota de un orden.”

En Internet se puede encontrar lo que dejó escrito Joaquín Leguina, “Leemos porque nos es imposible conocer a toda la gente a la que deseáramos poder escuchar. También, porque la amistad es vulnerable y puede desaparecer

a manos de la incomprensión y de la muerte. El deseo de leer consiste en preferir. Amar, a fin de cuentas, es regalar nuestras preferencias a quienes preferimos y estos sutiles repartos pueblan nuestra libertad. A menudo, lo único que nos habita son los amigos y los libros. He dicho que la lectura es un placer profundo y solitario, pero también nos permite conocer al otro y conocernos a nosotros mismos.”

También se puede leer en la red lo que afirmó Gustavo Martín Garzo “La literatura nos devuelve la capacidad de sentir, hace que nuestro corazón se llene de preguntas, es la voz del atrevimiento y del cuidado” y como dijo Rodrigo Fresán “Leer es una de las pocas formas de la soledad socialmente aceptadas por un mundo que tiende a sospechas de las actividades en singular. Decir “ahora no, estoy leyendo” es un escudo y decir “lo leí en un libro” es una lanza. Así, un libro es un arma de construcción masiva.”

Escribo este artículo el día siguiente de la muerte de Francisco Umbral. Su casa –su dacha– es todo un canto a la literatura, con libros en todas las paredes, se mire donde se mire. Umbral es su literatura. Acabo de regresar del velatorio y escucho en algún medio de comunicación unas muy antiguas declaraciones, en las que afirmaba “leer y escribir es algo eminentemente lúdico.” Él debía saberlo, ya que dedicó toda su vida a ello. En una entrevista situaba a los amigos y a sus personajes en el mismo plano, “Yo lo que hago es hablar de mi vida, de mis escritores, de la gente que he frecuentado en la literatura y en la amistad.”

La última razón –aunque se podrían citar más, sin duda– es una frase de Gustave Flaubert en una carta a Louise Collet: “¡Lee para vivir!”

Si alguien ha leído estas páginas, (con el MP3, el cine norteamericano y el teléfono móvil ya no es necesario usar el cerebro), quizá haya encontrado alguna razón nueva para leer, o quizá piense que sus razones son mejores. Habrá quien haya pensado “...estos letraheridos y sus problemas absurdos.” Pero hay razones para animar a disfrutar de la novela, la historia, el teatro o el ensayo; quizá en el dato de que la mitad de los españoles no leen nunca, pueda estar la explicación de que España sea el país del mundo con más abortos de adolescentes, que en 2006 y 2005 la superficie quemada en España superara a la del resto de Europa, (en 2007 nos gana Grecia, otro país poco dado al libro) y que tengamos los políticos que tenemos.

Lástima que no haya universidades que investiguen por qué la gente no lee. Lástima que esa gente de ahí fuera no lea. Sería tan bonito ver en las carreteras no sólo camiones cargados de leche Pascual, de embutidos Campofrío y de helados Nestlé, sino ver también camiones cargados de libros, libros llenos de ideas, de vivencias, de propuestas. Quizá el problema sea, como dijo Luis Antonio de Villena, que en España no se lee porque hacer demasiado buen tiempo. El sol tiene la culpa.



Alberto Castellón



Pucherazos literarios

tras este largo paréntesis estival, ya estoy de nuevo con vosotros, queridos lectores míos. Perdonadme que casi me haya olvidado de esta cita mensual que esperáis con tanta ansiedad en las páginas de Irreverentes. Alegraos, no obstante, porque la razón de mi extravío no es otra que la de encontrarme en plena producción: esta mañana he terminado la página 100 de mi próximo libro. Calculo que acabaré *Las lesbianas de Jerusalén*, que así se titula, alrededor de la primavera. Y otro motivo para vuestro júbilo, amadísimos seguidores de mi narrativa, habréis de hallarlo en el trimestre escaso que falta para que se publique *ADN en la sábana santa*, novela que se lanzará simultáneamente en castellano, alemán y turco. Incluyo aquí este dato pues muchos de vosotros, ay, como afañosos chavales que exploran en la Red la aparición del más reciente videoclip de Bisbal, me habéis interrogado por ello. Paciencia, amigos de mis entretelas. Pronto colocarán el volumen en las mesas de novedades de las librerías.

Pero quien me ha sacado de mis cavilaciones literarias para impelerme a redactar estas líneas ha sido, como no, Miguel Ángel de Rus, el valiente director de este periódico que se atreve a asomar al lamentable panorama literario español. Hará una semana que MAR, como a él le gusta firmar sus opúsculos, me mandó un e-mail recordándome mis obligaciones para con vosotros. Como siempre, si Miguel Ángel no hubiese intervenido con su previsión y su permanente diligencia, seguro que se me habría pasado este compromiso. En cuanto leí el correo, se me vino a la cabeza el tema del que os quiero hablar aquí. Me apuesto la mano derecha a que suscitará vuestro interés. Porque no es infrecuente que en el transcurso de los actos en que coincidimos me regañéis, por supuesto que con cariño, por lo largo que se os antoja el año que tardo en ofrecer un nuevo tocho de 500 hojas para vuestra refeculación. Sin ir más lejos, cuando a finales de enero la Universidad de Coimbra tuvo la amabilidad de investirme Doctor Honoris Causa, no sólo los que viajasteis a Portugal ex profeso para asistir a la ceremonia, sino varios periodistas lusos me acuciasteis en ese sentido.

Pues bien, estimados fanáticos de mi literatura, os comunico que escribí una novela en el transcurso de una tarde. Si, habéis leído bien: una novela en una tarde. Por desgracia, me resulta imposible difundirla al público. Ni siquiera en una web de Internet. Veréis, queridos admiradores, cómo conseguí culminar tamaña proeza.

La historia arranca de mis orígenes como empedernido participante en los certámenes literarios. Devaneos juveniles los míos. Por fortuna, mi celebridad actual como escritor de primera fila me libera de bregar en estas lides. Pero entonces aún creía en la imparcialidad de estos torneos. No en los organizados por las grandes editoriales cuya transparencia jamás planeó ni por las mentes más ingenuas, sino en el mundo de pequeños concursos convocados por ayuntamientos, casas de cultura, etcétera. Mi experiencia me convenció de que la mayoría parangonan con las pantomimas de la lucha libre. Solo puedo poner la mano en el fuego por aquellos que obtuve sin que mediara la menor ayuda en los jurados. Pero del resto... Qué falsedad. Qué tejemanejes. Me pide el cuerpo despacharme a gusto sobre estos combates amañados. Qué lástima que esta página no me alcance para ello. Os prometo visitar el tópico en un futuro artículo. Para el de hoy, pretendo centrarme en un premio de novela convocado por una institución municipal, llamémosla I., de cierta ciudad C., donde habité una temporada, en connivencia con la editorial E., encargada de la publicación de la obra vencedora.

Viene a cuento mencionar aquí que al instalarme en C. hube de buscarme una nueva amante. Mis mujeres se emparejan a mis residencias pues



Alberto Castellón

odio dormir en soledad. Al cambiar de domicilio, mudo también de querida, aunque suelo quedar como buen amigo de la anterior. Pues bien, al anunciarse por primera vez el certamen de marras, me telefoneó mi antigua compañera. Por ella, que participaba en los vericuetos administrativos de I., me enteré del trapicheo. Al parecer, E. planeaba editar los manuscritos de dos jóvenes poco conocidos, aunque delfines de sendos escritores famosos que ya figuraban en su nómina. De ahí que a E. le interesase que las dos novelas fueran galardonadas, ya que así se ahorra los derechos de autor, a cuenta de la dotación desembolsada por el Ayuntamiento de C., más la promoción gratuita que ello supone. En el transcurso del trato de gitanos entre I. y E. se comprometieron los fallos de las tres primeras ediciones del premio, a saber, se lo darían a los dos escuderos mencionados y a una periodista local en relaciones sentimentales con el concejal del ramo. Aquello, claro, me llamó la atención. Y mucho más el hecho de que en estos tres últi-



Calculo que acabaré *Las lesbianas de Jerusalén*, que así se titula, alrededor de la primavera.

mos años se cumpliesen ce por be los vaticinios de mi ex amante. Y hace poco que me expliqué por qué no se cerró ningún acuerdo acerca de la cuarta convocatoria. Lo leí en el periódico. Se aumentaba el premio en 10.000 euros, sí, pero con la contrapartida de que ya no sería E. quien la publicara, sino un sello menor del mismo grupo empresarial.

Monté en cólera. Qué queréis que os diga. Así que, una vez que se han publicado las obras de los tres enchufados bajo el paraguas de la renombrada editorial E., el siguiente vencedor que arree con las escualidas tiradas y la mínima difusión de la filial más insignificante del consorcio. Me vi en la obligación de hacer algo. ¿Una carta al periódico? Surtiría efecto, sí, pues mi prestigio provocaría el escándalo, pero pondría en apuros a mi informante, por quien sigo profesando mucho aprecio. ¿Unas llamadas a mis contactos en C.? A saber lo que ganaría con ello. Y entonces me vino la inspiración. Yo mismo concurriría al premio con una novela redactada ex profeso. Aquí os incluyo una muestra, el comienzo del capítulo III:

Pucherazo pucherazo y pucherazo pucherazo pucherazo y pucherazo pucherazo. Pucherazo pucherazo pucherazo pucherazo pucherazo pucherazo pucherazo pucherazo (pucherazo con pucherazo más otro pucherazo), pucherazo pucherazo pucherazo, pucherazo pucherazo, pucherazo y pucherazo más pucherazo.



Últimos libros del autor:

- Victoria y el fumador
- Tarta noruega

¿Pucherazo, pucherazo? —pucherazo—, pucherazo.

—Pucherazo, pucherazo pucherazo, pucherazo y pucherazo. Pucherazo y pucherazo.

—Pucherazo pucherazo y pucherazo, pucherazo pucherazo (pucherazo) y pucherazo pucherazo pucherazo, pucherazo y pucherazo. Pucherazo (pucherazo y pucherazo). Pucherazo.

Pucherazo pucherazo, pucherazo.

Pucherazo pucherazo pucherazo, pucherazo y pucherazo con otro pucherazo.

el resto de la obra, transitando por los mismos derroteros que este fragmento, no contiene términos distintos a los empleados arriba. Supongo que habréis adivinado, perspicaces lectores míos, cómo titulé la novela: *Pucherazo*: acertasteis. Ahora os describiré por encima el proceso de generación del texto. Sirviéndome de un programa de aritmética de precisión infinita corriendo bajo Linux, almacené en un fichero el resultado de la operación $25^{13.500}$. Este fantástico número consta de casi 20.000 cifras. Y luego, ayudado de un procesador estándar, procedí con una serie de búsquedas con reemplazamientos. Por ejemplo, los unos los sustituí por la secuencia “. Pucherazo” (un punto seguido de un espacio y la palabra Pucherazo en mayúscula). Los doses, por “ pucherazo pucherazo” (espacio y dos pucherazos). Los cincos, por “, pucherazo” (una coma más un espacio y un pucherazo). La serie de guarismos 778 por un punto, un salto de párrafo y un Pucherazo en mayúsculas. Y así sucesivamente. Luego recorté el manuscrito para que sobrepasase en muy poco el límite mínimo de páginas exigido en las bases. Me explico, se pedían nada menos que ocho ejemplares a una sola cara. No era cuestión de destruir más hectáreas de bosque que las precisas en la confección de las copias. La ecología ante todo, queridos de mis entrañas. Por último, la dividí en siete capítulos numerados en romanos, esparcí aleatoriamente unas veinte notas al pie, cuyo contenido rellené con trozos de la misma novela, y confeccioné el índice. Eso sí, sobre la página 60 inserté el siguiente diálogo:

—¿Pucherazo pucherazo? —preguntó X.

Un puñado de hojas más adelante:

—Pucherazo y pucherazo —apostilló Y.

Y otro tranco después:

—Pucherazo y pucherazo con más pucherazo —sentenció Z.

A vuestra brava imaginación dejo la tarea de interpretar qué nombres puse en lugar de las iniciales X, Y y Z.

ariesgo de caer en la inmodestia, os aseguro que me quedó un libro soberbio. Si un prósbita desprovisto de sus gafas hojease mi volumen, creería tener en sus manos una novela normal y corriente. Ahora os explicaréis por qué no puedo difundirla aún. El concurso se resuelve este mes de octubre. Si la colgara de Internet me descalificarían por considerarse entonces divulgada. Y no es que pretenda ganar, qué va. De sobras sé que *Pucherazo* ni siquiera pasará la primera eliminatoria. Pero deseo adaptarme a las normas establecidas. Incluso la llevé al Registro de la Propiedad Intelectual y hasta me atuve a firmar con seudónimo, aunque declarando en la plica mi auténtica identidad. Ahora bien, si algunos de vosotros, ardientes adictos a mi pluma, queréis leer mi creación, no tenéis más que pedírmela por e-mail. Con mucho gusto os la remitiré en un fichero pdf. Mi estimado editor MAR ya la ha visto. Le ha encantado. Hasta el punto de que quiere publicarla en Ediciones Irreverentes, como narrativa experimental o de vanguardia, una vez que se produzca el fallo, claro. Esperaremos acontecimientos.

Ay, si tuviera la oportunidad de ver las caras de los convocantes cuando abran el paquete postal y se encuentren con mis ocho originales plagaditos de pucherazos...

Avalancha de libros sobre la guerra civil

Los movimientos de recuperación de la memoria histórica han llevado a la publicación de un gran número de libros sobre la guerra civil y la postguerra en los últimos meses, tanto de ficción, como libros de historia, ensayos y libros de testimonios. Más de cincuenta obras se han publicado en el último medio año y muchas de ellas con el interés de los lectores, que parecen no estar aún cansados del tema.

Hay estudios de interés desde el punto de vista de ambos bandos, como "La crisis de los años treinta; República y Guerra Civil", editado por Taurus; "Testimonio religioso sobre la guerra civil española", editado por Península; "Rojos, la representación del enemigo en la guerra civil", publicado por Alianza Editorial, o "Recuérdalo tú y recuérdalo a otros", edición de Crítica. Y junto a las obras que pretenden recuperar la historia, hay muy interesantes textos de ficción, como la novela "Otra maldita novela sobre la guerra civil" de Isaac Rosa, publicada por Seix Barral, y "Desde que llegó Maureen", de Elena Yáñez, editada por Ediciones Irreverentes.

"Otra maldita novela sobre la guerra civil" se presenta como una reescritura de "La mal memoria", primera novela de Isaac Rosa, e indaga sobre el pasado a partir de dos historias cruzadas: la de un escritor que recibe un extraño encargo, y la de un político con mucho que ocultar. Entre ambos, un misterio: el de un pueblo desaparecido. "Otra maldita novela sobre la guerra civil" admite diferentes lecturas. Puede leerse como una novela convencional o atendiendo a los comentarios del final de cada capítulo, logrando el efecto de una mirada participativa y abierta. El resultado es una lectura crítica, ácida, mordaz que lleva a una reflexión sobre los argumentos esquemáticos que se vienen aplicando al relato de la guerra civil.

"Desde que llegó Maureen" es la apuesta de Elena Yáñez para describir un pueblo del sur de España en plena posguerra. Maureen es una chica de



Elena Yáñez.

Ediciones Irreverentes ha editado "Desde que llegó Maureen" y pronto publicará "La pirámide de las flores", novelas ambientadas en la postguerra española.

diecinueve años, con una forma de hablar extraña, una manera de vestir diferente y una forma de ser y de comportarse que desconcierta, rompe la rutina de las vacaciones y desempolva los recuerdos silenciados tras la derrota de la República. Maureen viene de México, un país que ni siquiera aparece en el mapa dibujado en el mantel de plástico que cubre la mesa camilla. La llegada de Maureen al modesto -y enfrentado- pueblo español, desencadena sentimientos que entran en conflicto: rabia, envidia, frustración, el dolor por la pérdida, la traición y la derrota.

Próximamente Ediciones Irreverentes publicará "La pirámide de las flores", de José Luis García Rodríguez, novela que parte del asesinato de cuatro personas durante la guerra civil y cómo esas cuatro

muerdes marcarán el devenir de sus familias hasta el final del franquismo.

Y como cada poco tiempo, hay un nuevo libro de Ian Gibson sobre la Guerra Civil española y la muerte de Lorca. Ha publicado "El verdugo de Lorca". El hispanista Ian Gibson retrata ampliamente en su última obra a Ramón Ruiz Alonso, tipógrafo y político ultraderechista, considerado responsable de la detención de Federico García Lorca y supuestamente relacionado con la denuncia que motivaría el fusilamiento del poeta granadino.

Sin duda, la guerra y la posguerra seguirán siendo el tema central de muchas novelas, con enfoques distintos y, quizá, cada vez menos apegados a los hechos tantas veces oídos y más buscando la recreación de lo que pudo ser.



Final de septiembre, presentaciones irreverentes

En los próximos días, cuatro autores de Ediciones Irreverentes llevarán a cabo presentaciones de sus libros en ciudades como Madrid, Alicante, Castellón y Málaga.

En Madrid, Elena Yáñez, presentará su primera novela "Desde que llegó Maureen", una reflexión sobre la postguerra española, acompañada por Paula Izquierdo, Cristina Almeida y Miguel Ángel de Rus. Será en el Café Libertad 8, el jueves 27 de septiembre.

En Málaga, Miguel Gómez Yebra presentará en el Centro de Arte Contemporáneo su novela "La clépsida de Neptuno" una obra que reúne intriga, ciencia, fantasía, e incluso matemáticas. Una apuesta apasionante para los amantes de las emociones fuertes. El jueves 27 de septiembre.

En Castellón, el sábado 29, en la librería Argot, Enrique Galindo pondrá de largo su novela "Pelirrojas españolas", tras su presentación en Madrid. En esta obra trata de sacar lo esencial de lo cotidiano, buscando donde nadie busca y apuntando donde nadie quiere ver. Hasta en la web del Castellón club de fútbol han hablado del libro.

Y Un preso que hablaba Stanislavski se presentará -tras hacerlo por media España- en el FNAC Bulevar de Alicante, el día 27, a las 19h. Santiago García Tirado lleva más kilómetros en sus piernas



Miguel Gómez Yebra.

que doña Concha Piquer. Se preguntará el lector curioso. ¿Y por qué lo hacen todos al mismo tiempo? Porque somos así, guerrilleros, no tenemos remedio.

Por último, no hay que olvidar la exitosa presentación de Juan Antonio Piñera en la Casa del Libro de Murcia, acompañado por Isabel Abellán y el imprescindible Santiago García Tirado, que demostraron que la literatura de calidad también puede llegar al gran público. Aprovecharon para presentar el periódico Irreverentes y para irse de radio. En la foto en la Cadena SER. Cuidado con Murcia, Alicante, Valencia y Castellón, que puede surgir un maremoto irreverente que arrase el país. Avisados quedan.

dina3

Diseño y producción editorial

Maquetación de revistas, periódicos, libros y catálogos • Diseño de publicaciones y 'e-books' • Tratamiento de imágenes para uso editorial • Rediseño de publicaciones • Producción editorial hasta imprenta • Creación de originales de publicidad para impresión en papel • Pósters, flyers, carteles • Creación de logos y marcas

Telf. 676 732 838 • e-mail: nachojfr-dis@yahoo.es

Revistas

Periódicos

Libros

Catálogos

Diseño y maquetación de todo tipo de publicaciones



The lady of song

h e ido a ver a Julia a su casa. Ya es muy mayor y esta última enfermedad, le acerca aún más a la triste realidad, pero afortunadamente, poco a poco también se aleja de ella; de la realidad. Primero fueron los problemas de la vista. La operación de cataratas de un ojo que sale mal, el glaucoma en el otro ojo, y al final, el resultado es que no ve prácticamente nada. Y la ceguera combinada con tener más de ochenta años, es un mal cóctel que la ha dejado paralizada y con el ánimo un poco a oscuras. Alguien en una ocasión hace ya bastantes años, según dice ella un médico, le recomendó que se pusiera gafas de cristales casi opacos para que se protegiera de la luz, y aunque de esto debe hacer muchos años, aún las lleva siempre, de día y de noche. Gafas oscuras, que también esconden un poco su mirada turbia y distraída.

p or la mañana he estado escuchando la maravillosa voz de Ella Fitzgerald, y he decidido regalarle el disco a Julia ya que sé que le gusta mucho. Cuando cantaba la canción que voy escuchando mientras conduzco, con su voz poderosa y penetrante tenía veintitrés años y en aquel momento acababa de adoptar a un niño. Muchos años después se quedó también ciega, como Julia, pero Ella F. se quedó ciega por la diabetes que nunca se trató hasta que fue demasiado mayor. Una nota detrás de otra, y después otra y otra más. Cuando la escucho a veces me falta un poco el aire. Parece que no va a llegar a la siguiente, pero como por milagro o brujería, saca fuerzas renovadas y sigue cantando, como si tuviese una reserva de aire guardada en su pecho, y además la última es si cabe la más potente. Se adivina que detrás de toda esa fuerza de la naturaleza, de esa potencia, además de haber un portento de nacimiento, está también la juventud. La voz que escucho fue grabada en 1.941. Yo aún no había nacido. Dicen que la juventud todo lo puede, y casi es verdad. Pero además, Ella Fitzgerald estaba dotada de una voz, con un rango vocal de nada menos que tres octavas. Un piano de tres octavas; imaginenselo desmontado encima de una mesa con todas sus teclas extendidas y revueltas sobre el tablero, e intenten pensar en que la voz portentosa de Ella F. abarcaba todas esas notas, todas esas teclas, desde la más grave a la más aguda. Julia, sin embargo está sana, no como le ocurrió a Ella Fitzgerald en sus últimos años. Julia es de esas mujeres que nunca han estado enfermas. Pero la vejez no perdona; no perdona a nadie. Se puede envejecer con dignidad o no, pero siempre se envejece. El marido de Julia murió hace muchos años como consecuencia de un accidente de tráfico. Se dice siempre en las noticias: “ha fallecido como consecuencia de un trágico accidente de tráfico”, y a continuación viene la noticia siguiente. Pero la vida queda paralizada en ese accidente; queda congelada y ya no sigue avanzando. Julia supo sobreponerse y como también se suele decir, “salió adelante” trabajando como modista para una famosa firma de la época. Hoy, evidentemente, ya no puede coser. La madre de Ella F. murió como consecuencia de un trágico accidente de tráfico en 1.932, cuando en España era verdaderamente difícil el morir como consecuencia de un accidente de tráfico. Era lavandera y se llamaba Temperance.

Dicen que los ciegos tienen una sensibilidad especial para la música; para los sonidos. Es lógico. También desarrollan especialmente el tacto y el oído. He conocido a ciegos que



Francisco Legaz



Inmediatamente miró hacia la barandilla del edificio de enfrente. Allí estaba siempre Guillermo esperándola, pero aquella tarde lluviosa en Barajas, Guillermo no estaba. Vio sin embargo a su cuñada. La vio de lejos; la vio enseguida, allí justo encima de la puerta de llegadas internacionales. Cruzó el control sintiendo como el corazón se desbocaba por la ansiedad y cuando se encontró con la hermana de Guillermo, adivinó que algo muy malo había pasado. El Morris se había estrellado contra un árbol en la carretera de Mejorada del Campo. La vida es así. No te avisa de nada. Te cambia los planes de pronto, y no te deja tiempo ni para pensarlo. Cogieron un taxi para regresar a casa con la bolsa llena de patrones dibujados al vuelo, con tizas de colores en papel de estraza y la cara llena de lágrimas.

d ebutó como cantante a los 16 años, en 1.934 en el Harlem Apollo Theater en New York, ganando el concurso Amateur Night Shows con la canción

Judy. Tenía tan solo 16 años y su voz ya era prodigiosa, y mientras suena su voz, he conseguido que Julia se concentre en la música, moviendo los pies al ritmo a la vez que escucha. Me da mucho gusto verla casi bailar con sus gafas de sol oscuras y sus ojos turbios. Y viéndola me acuerdo que un día me enteré de que a Ella F. le habían dedicado un sello postal. Su cara viajaba ahora pegada en miles de cartas por todo el mundo. Julia hace mucho que no viaja. Prácticamente no sale de casa. Da un pequeño paseo alguna tarde, pero la mayoría de las veces no quiere salir. Creo que también he visto un sello de Martín Luther King y otro de Malcolm X, todos ellos de piel negra. Julia salió fotografiada en una revista en 1.970, mientras vestía a una modelo para un pase. En realidad fotografiaron el taller de costura más que a ella, pero salió casi en un primer plano arrodillada junto a la maniquí, como antes se las llamaba. Ya se decía entonces que estaban demasiado delgadas.

En 1.983, tuve el privilegio y el honor de verla actuar en el festival de Vitoria – Gasteiz. The first lady of song ya no era ni su sombra, pero actuó profesional y dignamente. Quedé para siempre enamorado de Ella F. y del Jazz.

e l disco ha terminado, y mi visita a Julia también. “Me tengo que ir” digo en voz alta. El disco es para ti. Julia me ha dado un beso con los ojos casi cerrados y nos hemos despedido. De Ella F. me despedí un día de pronto. Me enteré de que había muerto, ya no recuerdo el año, creo que fue en 1994 más o menos. Y ese día me quedé para siempre sin Ella F. Me lo dijeron en el Aeropuerto de Barajas, justo el lugar en donde he escrito esta pequeña nota, sentado en la sala de espera.

“Uno vuelve siempre a los viejos sitios en que amó la vida, y entonces comprende como están de ausentes las cosas queridas” Es parte de la letra de la canción “Las simples cosas” de Cesar Isella y Cuchi Leguizamón, aunque yo la recuerdo siempre cantada por Mercedes Sosa con su inconfundible y poderosa voz.

trabajan como fisioterapeutas y son muy cotizados debido a que sus manos tienen un toque especial. En los años cincuenta, la firma de ropa de moda, se llevaba a Julia a recorrer las mejores pasarelas de Europa en Roma, Londres y París, para que copiara con un lapicero, en un cuaderno apaisado, los modelos, que luego cortaba en el taller de la calle Preciados de Madrid. Su trabajo era muy cotizado, ya que se convirtió en una de las mejores cortadoras de España. El padre de Ella F. se llamaba Willian, y

Uno vuelve siempre a los viejos sitios en que amó la vida, y entonces comprende como están de ausentes las cosas queridas

abandonó a Temperance la lavandera, cuando la niña era muy pequeña, por lo que, al morir la madre, la pequeña huérfana pasó al cuidado de su tía Virginia. Ella F. no necesitaba ser ciega para que todo su ser estuviera empapado por los cuatro costados de música. La ceguera le sobrevino mucho después; en los años noventa. Ella cantaba desde pequeña. El disco que le he traído a Julia de Ella Fitzgerald es una recopilación de canciones de amor: “Love songs”. Es el disco que venía escuchando por el camino y que ha hecho que entre en casa de Julia con los ojos un poco húmedos. He estado a punto de llorar, mientras lo escuchaba, dos o tres veces. Julia es aficionada a la música de EEUU de aquellos años. Escucha a Cole Porter, a Frank Sinatra, Duke Ellington y otros así. Todos ellos cantaron o grabaron discos con Ella F.

Una tarde lluviosa, Julia se bajó del avión cuatrimotor, procedente de París, en Barajas.

<http://franciscolegaz.blogspot.com>



Últimos libros del autor:

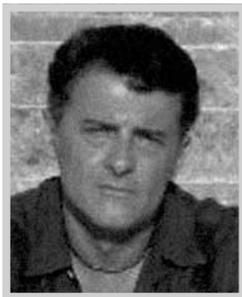
- El horizonte está en la escalera
- Un viaje hacia el abismo

Querido Ronald

te juro que no sé cómo me dejé arrastrar a aquel país. Van a ser unas vacaciones estupendas, me decían, y como se trata de un viaje organizado no tendrás que preocuparte de nada. Ya sabes, de esos que lo tienen todo incluido, transporte desde el aeropuerto, hotel de cinco estrellas con media pensión, guía en español, excursiones incluidas y opcionales en autobús climatizado, seguro a todo riesgo, en fin, lo que te decía, todo incluido, y cómo resistirse al precio, tirado si lo reservas con tres meses de antelación. No había pegas, lujo, exotismo, hasta un juego de maletas te regalaban, ¿qué más se podía pedir?

el grupo no estaba mal, gente de mediana edad la mayoría, dos parejas de recién casados y algunos solteros sueltos, dos de ellos estaba seguro que eran gays. El vuelo, con escala en Frankfurt, duró más de diez horas y llegamos de madrugada deseando estirar las piernas y olvidarnos del avión. La terminal de aeropuerto un poco cutre, no es que estuviera realmente sucia o descuidada, pero éstas son cosas que se aprecian en pequeños detalles, todo tenía un punto usado que nos causó mala impresión. Los nativos ya sabes que son de piel cetrina, con unos ojos muy negros con los que nos miraban fijamente. En cuanto cogimos las maletas y al salir al exterior una bofetada de aire caliente y húmedo nos dio en plena cara a pesar de que ya era de madrugada, pero inmediatamente subimos al autocar climatizado y nos acomodamos en los asientos mientras dos tipos descalzos y renegridos metían los equipajes en los maleteros. Unos minutos después estábamos rumbo al Sheraton mientras el guía nos daba la bienvenida y nos explicaba que en no más de media hora estaríamos en el hotel. El fulano, no me acuerdo ahora de su nombre, ¿Kimut?, ¿Kanut?... aunque era del lugar, tenía un aire diferente, cosmopolita, muy acostumbrado a tratar con occidentales. Nos tuvo entretenidos mientras recorríamos avenidas poco iluminadas en las que apenas podía verse a nadie.

el hotel, fabuloso. Nos asignaron habitaciones y nos citaron por la mañana temprano para el desayuno buffet. Pasé la noche sin pegar ojo por el maldito jet lag. Creo que fue en ese momento en el que me di cuenta de que no tenía que haberme ido. ¿Qué se me había perdido a mí en aquel sitio? Un rato antes del desayuno me quedé traspuesto pero al poco me llamaron para bajar. Teníamos una excursión programada y no podíamos retrasarnos. La primera jornada fue horrorosa, el sueño me embotaba y me pasé el día con las gafas de sol para disimular las ojeras. Subimos en el bus y atravesamos la ciudad, que si de madrugada era un poco siniestra, ahora bullía de gente aunque no como aquí, cuando digo gente no quiero decir que estaba animado, no, me refiero a verdaderas multitudes, masas de personas que lo llenaban todo y que iban de aquí para allá en coches, camiones, bicicletas, pero sobre todo en unos pequeños motocarros atestados que estaban en todas partes. Todos mirábamos con expectación el ambiente a través de las ventanillas, muchos hacían fotos y los nativos nos miraban también a nosotros y nos saludaban mostrando los dientes. La ciudad era un verdadero asco: mucha suciedad, mucha basura y mucho socavón. Había animales sueltos: vacas enormes andando tranquilamente entre la gente o echadas sin más donde les venía en gana. Llegamos por fin a las ruinas del templo, no me preguntes cómo se llamaba porque no quiero ni acordarme, y bajamos del autobús. A pesar de que era temprano hacía ya un calor húmedo espantoso. Empecé a sudar. Un grupo



José Melero Martín

de niños se acercó a nosotros para ofrecernos baratijas, pero el guía nos los quitó de encima a empujones. Caminamos hasta las ruinas y allí un tipo nos dio explicaciones mientras todos hacíamos fotos. Entre los muros derruidos correteaban unos monos con la cara negra y el rabo muy largo. Después de un rato se nos acercaron, supongo que para que les diésemos algo de comer. Uno del grupo sacó algo de chocolate pero antes de tener tiempo de nada más uno de los simios, el más grande, se abalanzó sobre él y le quitó el paquete mientras le enseñaba los colmillos, un verdadero peligro. El resto de la visita estuvimos todos temerosos de que volvieran a la carga. El día, entre el cansancio y el calor, se me hizo interminable. Comimos en un restaurante con vistas a la ciudad. La comida era muy picante y supe en seguida que me sentaría mal. Seguimos con las visitas hasta el atardecer en el que regresamos al hotel derrengados. Me dejé caer en la cama con ganas de llorar.

La segunda noche tampoco dormí apenas ni la tercera y muy poco las que la siguieron. Unos cuantos del grupo nos levantamos con diarrea. Yo, a esas alturas sólo pensaba en volver a casa mientras andábamos de acá para allá metidos en el autocar. Recorrimos cuatro ciudades en total, todas abarrotadas, todas llenas de pordioseros que apro-



ALICIA GARCÍA

Llevábamos ya diez malditos días de viaje cuando nos dieron la mañana libre para visitar el bazar de Jaipur, Zaitour o algo así

vechaban en cuanto bajábamos del autobús para abordarnos e intentar vendernos cosas o pedirnos dinero. Vimos muchos más monos que parecían oler el miedo y cada vez eran más agresivos, y más vacas y elefantes y camellos, y te aseguro que aunque al llegar despertaban nuestra curiosidad al final sólo estabas deseando tener una pistola para acabar con ellos. Si al principio el guía me pareció simpático, después me di cuenta que se pasaba de gracioso, parecía tener favoritos y se permitía demasiadas familiaridades, yo desde luego ni le dirigía la palabra. Me pasaba las horas deseando regresar al oasis del hotel en el que por unas horas te olvidabas del humo, de los olores, del calor y los mendigos.

Llevábamos ya diez malditos días de viaje cuando nos dieron la mañana libre para visitar el bazar de Jaipur, Zaitour o algo así. Quedamos en vernos al mediodía en el arco de entrada del recinto y aunque malditas las ganas que tenía de andar por allí expuesto, me pegué a un grupito entre el que estaban los homosexuales que sabían un poco de inglés. Los callejones estaban atestados de gente y en todos olía a comida a sudor y a estiércol. El suelo estaba lleno de charcos negros y había gente tirada en el suelo durmiendo como si estuviesen muertos o al revés. Nos rodeaban niños y pedigüños que nos seguían y nos pedían dinero; más de una vez temí que nos desvalijaran. Yo intentaba ignorarlos y

muñones para que les diese unas monedas, a alguno le faltaban trozos de carne, como si tuviese la lepra. Sentí que me arrancaban el reloj de pulsera y ni siquiera pude entrever quién habría sido. Metí el pie en un charco de orines y me embargó un acceso de asco, el desayuno se me revolvía en el estómago. Perdí la noción del tiempo. El sol estaba en su cenit y el aire apestaba a humo y a fruta podrida. La hora de cita habría pasado hacía rato. Un hombre sin piernas me cerró el paso con su carrito que impulsaba con las manos y me miró con aquellos ojos negros gritando algo incomprensible. Una mano se introdujo en el bolsillo de mi pantalón y fue allí cuando perdí del todo los nervios. Pasé sobre el tullido y corrí entre el tráfico intentado dejar atrás a la caterva de sarnosos que insistían en seguirme, buscaba un policía, alguien que pudiera ayudarme, entré en pánico y entonces, al girar una esquina, lo encontré de frente. Contemplé la inmensa M amarilla y corrí hacia ella sabiendo que por fin estaba a salvo y cuando llegué a la entrada, allí estaba él, con su pelo rojo, su cara blanca y su sonrisa acogedora y sentí ganas de llorar y abrazarlo. Las puertas de cristal de la civilización se abrieron ante mí y un guardia me quitó de encima a la gentuza que retrocedió sabiendo que allí nunca podrían entrar. El aire acondicionado me reconfortó. Todo estaba limpio, había música ambiente y enseguida uno de los chicos con gorrita se me acercó para atenderme. Me senté aliviado y volví la cabeza para volver a verlo allí fuera guardando la entrada, querido Ronald, querido Ronald McDonald.

<http://josemelero.blogspot.com>



Últimos libros del autor:

- La soledad de húsar
- Los territorios del sueño
- Conflictividad y violencia en los centros escolares



Manolo rescata a la doctora

me dijo el sabio que a un tal Guy de Montpassant le gustaba comer en la Torre Eiffel: era el único sitio desde donde no la veía. Mira, igual que yo, pensé: cuando mi madre acaba de hacer sábado de mi sangre estoy la mar de animado, hasta la semana siguiente no toca picada de ajo para el desayuno.

Justo acababa de pronunciar la última sílaba cuando doctora ha intervenido:

— Dígame, Manolo, ¿le incomoda que su madre sea tan insistente en lo que se refiere al lavado de su sangre?

Por mi parte, dudo si el tema de los lavados es el que interesa a la doctora, aunque es posible que sí. En cualquier caso, no he levantado la perdiz:

— Mire, uno se acostumbra a todo y luego ya le está bien —lo he dicho sin mucho convencimiento, tal vez porque es una frase de mi madre—. O, ¿acaso le gustaba a usted lavarse los dientes cuando era una niña? —aquí he sustituido niño por niña, para que quedase más realista—.

La doctora ha hecho una mueca, no sé cómo debería calificarla, como si la acabaran de sorprender fuera de juego y no supiese salirse del enredo. O sea, he ido directo a rescatarla poniendo en práctica la teoría de mi madre:

— El tal Guy no se habituó nunca a la Torre Eiffel, por eso no le gustaría contemplarla. O, al revés, como no la contemplaba, nunca se habituó a su perfil, si me lo permite, a su rasgador perfil. En cambio, al restaurante iría tan a menudo que no podría pasar sin volver a ir, acaso le gustaba la camarera. Lo que son las cosas —y a partir de ahí ya me he quedado como más suelto, sin el lastre de mi madre—, luego todo el mundo habla de cambiar, o sea, agarran la costumbre de hablar de cambiar y dejan lo de cambiar para otra vida. Sin ir más lejos, yo siempre pongo el mismo disco, voy a trabajar siguiendo el mismo camino y regreso a casa dando el mismo paseo. Cuando llego a la Estafeta, conecto todos los ordenadores, luego me tomo una infusión de menta y entonces me dispongo a leer toda la prensa en internet, cada día igual. Fíjese, no cambian ni los clientes con problemas. A las once en punto, el sabio tiene un problema, lo resuelvo y me tomo otra infusión mientras él me calienta la cabeza con esto o con aquello. Otra cosa que no cambia es que mi cabeza puede calentarse incluso con cubitos. Bueno, eso lo dice mi madre, pero puede que exagere, aunque no lo sé. Humo no echa, desde luego; mi cabeza, quiero decir. Ni mi madre, claro.

— ¿Exagera a menudo su madre?

ahí la doctora me ha pillado a mí fuera de juego. Y, ¿cómo voy a saberlo yo?, he querido contestarle. He titubeado y creo que la he mirado con mirada estrábica, porque la he visto doble. Y tal vez he pretendido que lo juzgase ella, porque, sin saber por qué, le he contado la primera anécdota de mi madre que se me ha pasado por la cabeza:

— Estábamos la otra noche los dos viendo un programa de televisión, en el que intervenían dos mujeres. Yo, cuando trabajo, me olvido de que soy mujer, soltó una, soy una profesional sin calificativos que no conciernen exclusivamente a mi competencia como trabajadora. Pues yo soy mujer las veinticuatro horas del día y los siete días de la semana,



Carmen Matutes



replicó la otra, cuando como, cuando duermo, cuando cuido de mis hijos, cuando realizo cualquier actividad profesional o cuando socializo con amigos. En ese momento, no se me ocurrió más que verbalizar en voz alta los pensamientos que de motu propio viajaban de neurona en neurona: nunca se me había ocurrido plantearme cuando conecto los cables de los ordenadores si debo sentirme un hombre de los pies a la cabeza, o si da igual en realidad y cualquier robot sin músculos ni nada podría desempeñar el encargo. ¿Tu qué crees?, le pregunté. Es culpa de los hombres que digamos tantas tonterías, respondió mi madre. Yo me quedé haciendo examen de conciencia, pensando si cuando pido a Mary Luz las tisanas la hago sentir mujer-mujer o le hago olvidar que lo es, o si de alguna manera la fuerza a plantearse. Debatiendo conmigo mismo, me perdí el resto del programa, pero al final comuniqué a mi madre la conclusión a la que había llegado con tanto esfuerzo: no estoy seguro, pero creo que te excedes un poco. Entonces ella agarró el periódico que estaba sobre la mesa, lo dobló y me atizó con él en la cabeza —una vieja costumbre que ha recuperado últimamente—, mientras me decía: Hay que ver lo que te gusta discutir, si me descuido te encuentro discutiendo contigo mismo. Y ahí pensé, pues no exagerará. Es más, quizá soy yo quien exagera, ¿qué cree usted doctora?

ella ha fruncido el ceño y se ha cubierto el rostro, quizá no ha querido que viera su expresión. Quizá teme que yo tema saber su opinión. Quizá acierta, ¿tengo su opinión? Tendré que preguntárselo, aunque la respuesta seguramente es sí. He aprovechado para mirar sus notas con el rabillo del ojo, porque mientras se cubría el rostro se ha olvidado de ocultarlas. Y se distinguía claramente la palabra “frustración”. No me ha dado tiempo a comprobar si se refería a mi madre o a mí, o, quien sabe, a cualquier otra persona. Pero una voz decía que era una expresión poco halagüeña, quizá la química de mi cerebro, o una sinapsis quejándose a la otra. Entonces han venido a mi memoria las causas del desmayo de la última sesión y se lo he querido confesar, pero ella me lo ha impedido

— Verá, señor Martínez, no tengo la seguridad de que estemos avanzando de forma significativa —lo ha dicho compungida.

— Hombre —he replicado yo—, si esta es la mayor inseguridad que le afecta, está usted de

El tal Guy no se habituó nunca a la Torre Eiffel, por eso no le gustaría contemplarla. O, al revés, como no la contemplaba, nunca se habituó a su perfil

suerte. Además, puedo despejar todas sus dudas, no exagero —ella ha respirado hondo y me ha mirado con su mirada melancólica y transparente. Es encantadora y quiero ayudarla. De verdad que me hace sentir triste verla tan baja de moral—. Además, ya lo dice mi madre, si tienes prisa, ves despacio —y a partir de ahí ya me he disparado—. Y, quiero dejarle una cosa clara, dispuestos a avanzar mejor que sepa uno hacia donde va, y ¿quién sabe adónde va? ¿Lo sabe usted? Yo no tengo ni idea, o sea, lo de correr mejor lo dejamos para otros —lo he soltado muy enfático, al menos para lo que soy yo, como se lo he oído repetir al sabio no sé cuántas veces, no será una tontería. Sin embargo, he visto triste de verdad a la doctora y he pensado que urgía rescatarla, entonces he continuado por un chiste— ¿Sabe usted cuál es la diferencia entre un español y cualquier otro? La diferencia consiste en que el español tampoco sabe adónde va, pero da lecciones al respecto —la doctora ha sonreído amablemente. Yo he decidido proseguir, casi tomado por la verborrea del sabio—. Ocupamos el puesto 31 en el ranking mundial de educación, el 33 en el de adecuación tecnológica, el 35 en el de innovación y la eficiencia de nuestros mercados ocupa el 36— ahí la doctora ha sonreído un poco más, lo cual me ha obligado a aclarar la confusión— Eso no es parte del chiste —ella me ha mirado cálidamente, parecía ya casi respuesta de su caída de moral. Ésta es la mía, he barruntado para mis adentros— Se nos está haciendo tarde, pero el jueves a las 8 sin falta estoy aquí, y hasta entonces mantenga el optimismo y si lo pierde, no sufra, durante la próxima sesión yo la ayudo a rescatarlo.

<http://carmenmatutes.blogspot.com>



Últimos libros de la autora:

- De Cháchara
- Andrea(s)

Luis Mateo Díez

La literatura es uno de los pocos conductos que tenemos para derrotar al tiempo

Mantiene una gran actividad creativa. Tras *Fantasma del Invierno* ha publicado *El fulgor de la pobreza* y *La piedra en el corazón*. Es Académico de la Lengua desde 1999 y uno de los escritores que manejan el español con mayor pureza.



Luis Mateo Díez (derecha) con Miguel Ángel de Rus.

Le quedan muchos retos

Hay dos retos en general que nos ilusionan a los que escribimos, que es crear un mundo propio y lograr un estilo personal. Ese mundo sólo puede surgir con tu propia manera de contarlo. Tengo respecto a la novela, desde la perspectiva del creador, algunas convicciones; una de ellas es que sigo firme en la idea de que escribir es una manera de contar la vida. Y eso es de lo más importante que se puede hacer.

Y nos otorga una cierta sensación de eternidad.

La literatura es uno de los pocos conductos que tenemos para derrotar al tiempo. Es milagroso que aún podamos mirar los cuadros de Velázquez, cuando en estos siglos ha habido varias guerras y expolios... y siguen ahí, para nuestro disfrute. Gutenberg puso a nuestro servicio otras artes que permiten que nuestros mundos imaginarios se expandan y se mantengan. La novela, y cualquier creación artística, nos permite mantener el tiempo.

La novela es distinta cada pocas décadas

Se ha metamorfoseado y ha chupado de todos los géneros y todo parece posible. La novela, incluso en los tiempos de las grandes rupturas formales, nos ha permitido especular. Me interesan mucho las vanguardias, por ejemplo la vanguardia rusa, novelas como "Maestro y Margarita", de Bulgakov, que considero que crea un mundo posible. Si el mundo actual está revuelto, es lógico que la novela esté revuelta. Nos permite tener vivencias tan intensas como conocer a seres que no son personas, sino personajes, a los que has podido conocer con una intensidad como no podrías conocer a ninguna persona. No se conoce a nadie como conocemos a Emma Bovary o a Julien Sorel.

Algunos autores tienen claves especiales para comprender la realidad.

Igual que recordamos ciertas experiencias a través de las novelas de los grandes autores del siglo XIX, podemos hacerlo a través de uno grande como Kafka, de una obra como "La metamorfosis", y de sus experiencias atormentadoras, oscuras. Es una de las metáforas más duras de cuanto nos ha pasado en el siglo XX, sobre la rotura de los lazos, de los afectos, sobre la soledad.

¿Lo más importante es contar historias?

Lo que ha sido importante en la modernidad —y todos somos herederos de todo— es contar lo que es la vida, contar historias. Yo soy un contador de historias, de la estirpe de los contadores. En mis obras hay una trama, un desarrollo argumental no excesivo, un desarrollo de la memoria... Mis obras se sitúan entre

lo fabulístico y lo legendario. Si voy a hablar sobre la posguerra, como en mi novela, *Fantasma de Invierno*, no reúno documentación para que sea documental, no voy por ahí. El interés de esa época estriba en el hecho de que estamos en la actualidad en un mundo lleno de ellas. La guerra española fue una batalla por la libertad mientras que las actuales guerras son vilipendiables y degradadas. La guerra civil española tiene una cierta aureola, pero la posguerra es un tiempo de silencio y desolación. Con mi novela he pretendido contar aquello como si fuera un cuento de miedo, con una perspectiva legendaria. Recreo una ciudad imaginaria y la veo en un largo invierno, siempre repleto de nieve; la ciudad se hunde en la nieve, quizá por la influencia que ha tenido en mí la literatura rusa.

Y en su novela llega el diablo a ese invierno perpetuo de la posguerra española.

Viene el diablo y es entrevistado en la radio. El diablo es un tipo lúcido que asegura que viene a poner orden en la ciudad durante el invierno que va a pasar en ella.

Todo tiene una cierta aureola mística.

Su obra literaria transcurre habitualmente en esa época. Es casi una obsesión.

La mayor parte de mis obras se desarrollan en ese tiempo, pero no es una cuestión política. Los años cincuenta, los años de posguerra, simbolizan la precariedad, la dificultad de vivir, la limitación de la libertad. Era un tiempo de frío. Entonces las relaciones entre los hombres eran más difíciles y habitualmente se caracterizaban por el fingimiento. Creo que los años que tengo encima, que lo vivido, te construye como creador. Cuando lees ciertas novelas sin saber quién las ha escrito, descubres rápido quién es el autor porque tienen su mundo propio.

Aquel tiempo marcó a Marsé, García Hortelano...

Marsé y todos los componentes de la Generación del 50 están marcados por la posguerra, por el surrealismo. Como fui un niño de aquella época, viví en un pueblo perdido del noroeste de España y tuve la sensación de haber vivido la infancia mucho más cerca de la Edad Media que del tiempo en que crecen nuestros niños actuales. Todo aquello creó ataduras en tu mente que te relaciona con el mundo de la antigüedad. Había una importante tradición oral que me permitió conocer la tradición cultural de mi entorno. Tengo una formación oral, por todo lo expuesto, muy fuerte y procuro llevar los diálogos al punto literario más extremo sin que pierdan su peculiaridad oral. Creo haberlo logrado en una novela como Camino de perdición, donde el diálogo es muy mesurado, pero el ejemplo más claro en mi obra está en La fuente de la edad en lo que se refiere al lenguaje de los cofrades, tan copioso de citas apócrifas. Ante esa influencia de lo oral, ahora cuando me pongo a escribir en el ordenador, tengo cierta sensación de contradicción y contraste.

Mario Benedetti

“Ahora se sabe que en Europa manda Estados Unidos”

Mario Benedetti ha publicado en Ediciones Irreverentes su extraordinaria colección de relatos *Del amor y del exilio*. Esta entrevista se llevó a cabo con motivo de aquella publicación y muestra al Benedetti más irrespetuoso y combativo.



Mario Benedetti.

Usted criticó en un poema el fin de la historia de Fukuyama y se cumplen sus predicciones.

Un poema no sale a la conquista de ideologías; es una partícula íntima. No creo que un poema pueda voltear una dictadura o cambiar una ideología, porque va de individuo a individuo. Los cambios los produce la gente, porque los gobernantes no dan importancia a la cultura: la tiran por la borda.

¿La cultura ha salido de la clandestinidad en Hispanoamérica?

En algunos países, sí, por supuesto, pero en general, la cultura no tiene importancia para los gobernantes.

A usted le preocupa especialmente el papel de Estados Unidos en Hispanoamérica.

Sí, porque sufrimos una influencia tremenda: invasiones, los intereses con los que han encerrado la economía iberoamericana. Nosotros sabemos qué representa EEUU y qué mal

hace. Ahora lo saben los europeos, después de la intervención de EEUU en Europa, de los bombardeos y de las muertes de europeos, la cosa queda más clara. Ahora se sabe que en Europa manda Estados Unidos. Son los dueños y señores de la guerra. Si la humanidad sigue el camino marcado por EEUU, va hacia el suicidio. Cada vez es más difícil parar su invasión, tanto económica, como política o militar. La única posibilidad es que los propios norteamericanos venzan

a EEUU. Ellos defienden los derechos humanos dentro de sus fronteras, pero los violan fuera. La globalización de la hipocresía rige el mundo.

En su obra se ve una clara obsesión por la dictadura.

Las huellas que deja una dictadura no se curan, pero hay momentos de más urgencia y momentos de más calma. Que permiten analizar cómo llegó, cómo se desarrolló todo. Se ve con claridad los defec-

tos que llevaron a la extrema derecha a esa actitud, cómo convirtieron a los militares en torturadores, en asesinos, pero se aprende a ver también los defectos propios como ciudadano.

¿Cree en la espiritualidad en el arte?

Sí, claro. Y creo que la realidad debería espiritualizarse, es demasiado grosera. Al ver los noticieros todo es soez, duro. La realidad se ha pervertido, corrompido. Para que la creación sea espiritual hay que convertir a la sociedad en espiritual.

¿Se considera irreverente?

Si se considera irreverente luchar contra lo que no es digno de respeto, diré que por distinta circunstancias he tenido que luchar contra el poder. Incluso se escribió una biografía sobre mí llamada *El Aguafiestas*. He sido un aguafiestas para el poder, porque el poder viene con muchas cosas desechables.



La joven y el anciano

había algo que caracterizaba a Anna, era su infinita paciencia. Había aprendido a lo largo de su corta, pero intensa vida, a no esperar nada. Vivir es transcurrir, se decía. Pero en aquella lenta deriva no había destino, y eso siempre es cruel, aunque uno sea muy joven. Los años no vividos acaban destruyendo. Anna sabía que tenía la vida arrasada, lo supo desde que comprendió que no era importante para nadie, sobre todo para sus padres, a los que nunca conoció. Por eso se fue, qué importancia puede tener vivir aquí o allí cuando nadie se acuerda de ti.

Sin embargo hoy parece que nada es igual. Desde que comenzó a cuidar a aquel anciano cada día era más amargo que el anterior. Cuando llegó, él estaba sentado en una silla junto al mirador de su casa, contemplaba en silencio la calle, la gente que pasaba. Cuando su hijo la presentó, él continuó mirando la vida al otro lado. Su hijo le dijo entonces que siempre era así. A continuación le explicó lo que tenía que hacer cada día y le dejó un número de teléfono. Se fue. Pero ahora nadie responde y lleva, sin dejar de llamar a aquel número de teléfono, toda la semana, desde el primer día en que tuvo que retirar el plato lleno de comida. Aquel día le dijo al anciano, con su voz suave y su fuerte acento extranjero, que aquella era la comida que le habían explicado que debía hacerle. Al día siguiente, cuando de nuevo tuvo que retirarle el plato intacto, le suplicó que le dijera qué debía hacer, pero el anciano siguió contemplando la calle. Después, en la cocina, intentó de nuevo aquella llamada imposible de auxilio. ¿Por qué no respondían?

durante toda su vida siempre la habían rodeado las voces de los demás. Había sonido alrededor, la vida ajena en la que ella había vivido siempre, pero la vida, al fin y al cabo. Hubiera preferido que aquel anciano le gritara, que diera incluso un manotazo destemplado y tirara el plato al suelo con rabia. Hubiera preferido cualquier cosa que le permitiera saber que aquel hombre sabía que ella estaba allí.

al quinto día dejó de cocinar, también dejó de intentar la inútil llamada. Se sentó en una silla de la cocina y se quedó mirando los azulejos blancos de la pared. Ni siquiera podía llorar. Estaba vacía. Transcurrieron tres largos días. Dejó de salir para comprar comida, también dejó de limpiar, ¿para qué? Ni siquiera pensó en irse de allí y olvidar aquel suplicio, no podía hacerlo. Tampoco conocía a nadie, y además, apenas hablaba aquel idioma. Estaba sola. Apoyó entonces la cabeza entre los brazos, su cuerpo derrotado sobre la mesa de la cocina, y empezó a llorar, no de pena, ni de rabia, sólo empezó a llorar. Llegó la noche, desde hacía días tampoco encendía ya las luces. Pensó que si aquel anciano había decidido dejar de vivir, por qué no acompañarlo.

una luz lechosa, la del amanecer, había empezado a entrar en la cocina. Pero no fue la luz, si no un rumor de objetos moviéndose lo que la despertó. Abrió lentamente los ojos, se había dormido con la cabeza apoyada sobre los brazos, le dolía la espalda, el cuello, los ojos le escocían. Se giró lentamente, el sonido venía de atrás. Contempló entonces al anciano, estaba delante del fogón, al lado,



Isabel María Abellán

sobre la encimera, había puesto dos platos y dos vasos. En ese instante el pan saltó del tostador, había dos rebanadas. El anciano se volvió, era un hombre muy alto, tenía mucho pelo, blanco, largo y alborotado. La contempló en silencio, la misma mirada seria que se asomaba al mirador. Fue acercando a la mesa el pan, el aceite, los vasos, luego, cuando la leche ya estuvo caliente, le llenó un vaso y se lo puso delante.

-¿Te gusta el café?

Fue el primer sonido. Le terminó de llenar el vaso con café humeante. Se sentó enfrente, la miró a los ojos y le indicó con un gesto que empezara con la leche.

-Ten cuidado, está caliente.

aнна bebió a pequeños sorbos. Sin embargo, cuando llevaba medio vaso, tuvo que dejarlo, apartó con delicadeza la silla, le pidió permiso y se fue a su cuarto. Se tumbó sobre la cama, estaba temblando, no se encontraba bien. Al instante escuchó unos golpes en la puerta, se levantó sin dejar de tirar y abrió.



«SCHACH» DE MARCELA BÖHM

Una tristeza sin fondo le subía desde el interior y se le agarraba a la garganta

Tenía los ojos muy rojos, le quemaban. Entonces el anciano le dijo que se vistiera para salir, tenían que ir al médico. Pero ella se quedó inmóvil en el umbral de la puerta, no sabía qué le pasaba, nunca se había sentido así. El anciano la contempló sin impacientarse.

-Date prisa, estás enferma.

¿Enferma? No, ella nunca había estado enferma. Pero entonces a su cuerpo le empezó a pasar algo raro, empezó a temblar sin control. Ella tenía el pomo de la puerta sujeto con la mano, sabía que debía agarrarlo con fuerza porque sentía que las piernas ya no tenían fuerza para sostenerla. De pronto todo se oscureció, sintió entonces que su cuerpo era algo pesado que se desplomaba sin remedio.

escuchó voces. Intentó abrir los ojos, pero los párpados le pesaban, sentía que su

cuerpo se iba sumergiendo sin remedio en las profundidades del colchón. Una mano le quitó entonces un paño caliente de la frente y le puso otro mojado en agua fresca, sintió un alivio profundo. De nuevo fue llegando el silencio. Debió dormir profundamente. El tiempo fue pasando. ¿Cuánto tiempo? Abrió los ojos. La habitación estaba ahora en penumbra, sobre la cómoda había una lámpara pequeña que nunca había visto, estaba encendida. Intentó incorporarse, tenía la ropa mojada por el sudor, pegada al cuerpo. Entonces escuchó su voz.

-La fiebre te ha empezado a bajar, ahora deberías tomar algo. ¿Quieres un zumo? Me han traído naranjas de la tienda.

Consiguió mantenerse un poco levantada, se apoyaba sobre el codo que se hundía levemente en el colchón. Quería encontrar sus ojos a través de aquella habitación sumida en las sombras. Él estaba sentado en una silla junto a la cómoda, tenía un libro abierto que acababa de dejar sobre las piernas. Ella lo contempló en silencio. El anciano dejó el libro sobre la cómoda y se levantó, se acercó y se sentó a su lado, en la cama, le puso la mano en la frente.

-Ya ha pasado todo.

ella se dio entonces media vuelta y se tumbó sobre las sábanas húmedas, cerró los ojos. Una tristeza sin fondo le subía desde el interior y se le agarraba a la garganta. El anciano se levantó y empezó a caminar lentamente hacia la puerta. Entonces ella sintió por primera vez un pánico desconocido. Se dio la vuelta y se sentó, alargó la mano y sus dedos se perdieron en la penumbra. Cerró los ojos, otra vez el silencio. La mano fue cayendo lentamente, de nuevo el vacío. Pero apenas un instante antes de que su mano se desplomara sobre las sábanas, una mano huesuda, de tacto áspero, cogió la suya. Ella cerró sus dedos. El anciano se sentó de nuevo a su lado, se miraron en silencio. Ella, sin querer, apretaba cada vez más su mano, tenía tanto miedo, sabía que si él se iba, la tristeza de nuevo la iba invadir y era aquella otra forma, quizá la peor, de muerte lenta. El anciano le acercó a los labios un vaso de agua, ella se lo bebió de un trago, no recordaba haber tenido nunca tanta sed. Él cogió el vaso y lo dejó sobre la mesilla de noche, se quedó un instante contemplando la pálida luz de la lámpara. Luego la miró de nuevo, se estremeció ante aquel ser desvalido, ante aquella mirada debilitada por la fiebre. La ternura de aquel rostro casi infantil. Se sintió culpable. Ahora fue él el que cerró con suavidad su mano sobre la de ella. Quiso disculparse.

-A veces, cuando se ha perdido todo, seguir viviendo cansa. Un día tras otro, nunca pasa nada. Cuando ya sólo queda la ausencia, ¿qué sentido tiene continuar?

Anna apoyó su frente humedecida sobre el hombro del anciano.

-Cuando siempre ha habido ausencia, ¿qué sentido tiene vivir?

Quedaron ambos en silencio, la habitación en penumbra, el tiempo transcurriendo con lentitud.

-Quédate. Le pidió él.

Entonces, sin abandonar su mano, ella se dejó caer lentamente de nuevo. El sueño fue llegando con suavidad. Fue aquella la primera vez que sintió que, por fin, después de tanto tiempo, descansaba.

<http://isabelmabellan.blogspot.com>



Últimos libros de la autora:

- El último invierno
- La línea del horizonte

La palabra suicidada (I)

Uajar por la geografía de los libros colocados en las estanterías, sobre todo si estos componen parte de tu vida, es un diálogo sobre lo que suponen, desde sus temas e historias, hasta sus autores. Al ser estos heterogéneos, existe la tentación de convertirlos en piezas de un puzzle que le den una teórica coherencia. En mi caso suele ser casi imposible, pero un momento descubrí un azar que unía a algunos de aquellos nombres. ¿Qué tenían en común? Se trataba de escritores como Sylvia Plath, Cesare Pavese, Mishima, Yasunari Kawabata, Primo Levi, Larra, Hemingway, Virginia Wolf, Alfonsina Storni, Alejandra Pizarnik... todos ellos autores que osaron, en definición de Jean Amery, levantar la mano contra uno mismo. O como bien dijo uno de ellos, Cesare Pavese, eran homicidas tímidos, es decir suicidas.

no existía en un primer momento ninguna intencionalidad y menos espíritu morboso, sino simplemente la causalidad, esa que te lleva a hacerte preguntas e introducirte en laberintos que hoy hacen que sean muchos más los autores suicidas que hoy pueblan mi biblioteca.

Después que los estoicos consideraran en la Grecia antigua, el suicidio como la libertad suprema y se llegase a hablar del "suicidio filosófico", de que en Roma estuviese de moda el "suicidio político", la edad media lo condenaría mandándolo a las tinieblas.

Tendrían que ser los filósofos e intelectuales de la ilustración, quienes lo salvaran de ese infierno, bien con posiciones a favor o tratando de explicar las razones de este. Pero sería el romanticismo quien lo uniría al arte y la literatura.

posiblemente Thomas Chatterton no pasará a la historia de la literatura por su obra, pero haberse envenenado con arsénico a los diecisiete años en una pobre buhardilla de Londres, lo convertirá en el ideal estético del romanticismo. Así le harán homenajes Keats, Shelley, entre otros, que partían de la creencia de que los más apasionados duran poco, dejando un fruto lleno de intensidad. Sería algo así como lo que mucho después llegaría a ser lo de "vive rápido, muere joven y harás un bonito cadáver".

Los dadaístas serían otro de los movimientos literarios marcados por la impronta del suicidio; su reinado en París se inició con uno, acabo con otro e incluyó varios en su desarrollo. Así Jaques Vaché llegó a decir: "Moriré cuando yo quiera, y entonces moriré con alguien más. Morirse solo es aburrido, preferiría morir con alguno de mis amigos". Y así lo hizo, tomando una sobredosis de opio que hizo compartir a dos amigos que al parecer no tenían intenciones suicidas. Un suicidio y dos asesinatos fue una especie de gesto de despedi-



Pedro Antonio Curto

da del dadaísmo. Si los románticos habían colocado la destrucción de uno mismo como una parte de la obra (por pequeña que esta fuera), los dadaístas la situaron como la obra misma.

Los surrealistas también coquetearon con el suicidio (Jaques Rigaut, Drie Rodelle, Rene Cravel...), siendo tema protagonista de alguno de sus relatos, como algunas de sus actitudes. Llegaron a lanzar la encuesta: "¿Es el suicidio una solución?"

pero aparte de corrientes literarias, es larga la lista de autores que decidieron acortar su vida, diferentes épocas, estilos y planteamientos vitales, y aunque pueda parecer anecdótico, forma de darse muerte. Volvemos otra vez al mosaico heterogéneo de escritores colocados al azar en unas estanterías.

Sylvia Plath decidió introducir la cabeza en el horno en un frío invierno londinense, tras dejar preparado el desayuno para sus hijos, inducida por el abandono, el limitado reconocimiento a su obra, por la angustia vital que ya le había llevado a intentarlo en su juventud. Se cerró así la campana de cristal. Cesare Pavese decidió acabar con

un cuerpo, que según nos cuenta en sus memorias, "El oficio de vivir", no era la de un hombre pleno, y cuyas obsesiones fatales y pesimistas recorren su obra. El escritor italiano acababa de recibir hacia unos meses el premio Struga y gozaba de prestigio y reconocimiento. Ese que no fue suficiente para Pavese, fue lo que llevó al norteamericano Jhon Kennedy Toole, a terminar con una existencia gris, en la que no encontró editor para su novela, "La conjura de los necios". Otra norteamericana, Anne Sexton (curiosamente amiga de Plath) llegó a los versos aconsejada por su psiquiatra, tomando el escribir como una forma de terapia. Y lo llevó hasta tal punto que consiguió el premio Pulitzer, pero no evitó su destrucción. Así un día, en el garaje de su casa, y con una copa en la mano, dejó que el gas saliendo del tubo de escape de su coche, le diese el abrazo de la muerte. Mucho más ruidoso sería Mishima, marcado por las tradiciones de su país, dominado por un ultranacionalismo que le llevó a realizar el seppuku, más conocido en occidente como el hara kiri. Más silencioso sería su amigo y mentor, Yasunari Kawabata, que se dejó dormir eternamente envuelto en el gas. Son parte de una lista, la de los japoneses, demasiado poblada, que van desde el padre de la literatura japonesa moderna, Ryunosuke Akutagawa, o autores como Osamu Dazai, que decidió ahogarse en compañía de su amante. También Virginia Wolf decidió hundirse en las aguas, al igual que Alfonsina Storni, dominada por la decrepitud y una enfermedad mortal. También el sufrimiento y la enfermedad hicieron que Felipe Trigo se pegara un tiro. Primo Levi, Paul Celan y Stefan Zweig, nunca pudieron abandonar la señal de la guerra y los campos de concentración. De la misma forma que Mayakovsky o Marina Tsvetaeva, se toparon con la burocracia stalinista, aparte de sus propios problemas personales. También podemos encontrarnos con los casos dudosos, o los suicidios lentos, como el de Dylan Thomas o Jack London, en los que es difícil saber si fue el abuso de sus adicciones la que les llevó a la muerte, o bien lo hicieron para que el fin fuese ese, o incluso hubo una mezcla de ambas cosas. La lista sería muy larga e interminable, tan variada y compleja, que sería imposible hallar respuestas o explicaciones, sino más preguntas.



Larra



Alejandra Pizarnik



Cesare Pavese



Mishima



Alfonsina Storni



Últimos libros del autor:

- Los viajes de Eros
- El tango de la ciudad herida
- Un grito en la agonía
- Crónicas del asfalto

Y Andre Breton diría: "El más bello regalo de la vida es la lealtad que nos permite abandonarla a nuestra hora." Sin embargo la relación de los surrealistas con el suicidio se sitúa más en sus planteamientos transgresores, en el sentido de soberanía que daban al arte y al hombre frente a otras instituciones, diferenciándose de románticos y dadaístas, que daban a este un sentido más estético. Los planteamientos de Breton y los surrealistas conectan con los de Albert Camus, para quien "juzgar si la vida vale o no vale la pena ser vivida es responder a la cuestión fundamental de la filosofía". Aunque los ideales de este se alejan de los adalides de la muerte voluntaria: "Con el único juego de la conciencia, transformo en regla de vida lo (este mundo absurdo) que era una invitación a la muerte y rechazó el suicidio".

<http://www.curtoescritor.com>

Los viajes de Eros, de Pedro Antonio Curto, erotismo de calidad en Ediciones IRREVERENTES





Buenaventura Murrieta (I)

Los irrespetuosos rayos del sol atravessaban las copas de los pinos y los olivos sombreando la corriente del agua fresca y las orillas de la ribera del río. Caminaba el muchacho con un traje lleno de remiendos. No aparentaba más de veinte años, aunque la piel de su rostro tenía el color del carbón debido al polvo que elevaba el aire de los caminos. De tez morena y mirada noble, tenía buen porte y figura. Arrastraba el escudo guerrero ensangrentado y sus ropajes bastante raídos del uso. Una gran espada, de hierro fundido en Toledo, brillante de luz refulgía colgada a su espalda.

-¡Qué alivio, Dios mío!- dijo acoplado las posaderas a la orilla del río.

Introdujo las piernas hasta la rodilla evitando la picadura de los tábanos que revoloteaban alrededor de su piel sudorosa. Arremangado hasta justo el inicio de las rodillas evita la exposición franca a la succión del asqueroso bicho y otros insectos de agua.

Desaparecieron los parajes inhóspitos y aireados de restos de rastros lejanos. La tempestad de las emociones agita el interior de Buenaventura que lucha por abrazarse a la vida. Late su corazón con fuerza.

La sorpresa llega cuando sale del agua y sube a un pequeño promontorio de la orilla. Mira desde lo alto de la ribera. Los paisajes ilustran perfectamente la extensa región del alma, espacios inmensos donde la vista se regala para disfrutar los aires puros e inmaculados. Las entretrechadas arrugas de la tierra se nutren del gran mar de olivos y pinares. El verdor es sublime emergiendo de los recios y altos pinos entremezclados en el follaje salvaje, entre vides y olivares, creando un aspecto de selva virgen. A lo lejos, el humo de alguna hoguera perdida en el infinito roza el aire por tierras dejadas de la mano de Dios al hervor del verano. El tapiz de la naturaleza emana de la tierra convirtiendo ésta en una gran obra de arte. Cantan las aves y las chicharras barruntan el calor. Atrás quedaron los vendavales del crudo invierno. El sol destella enojado de rayos que traspasan los altos ramajes de los pinos para llegar a las bajas copas de los olivares. El prodigio de la existencia acaricia los inmensos llanos y valles y las retinas de Buenaventura reprimen su alegría, sonrío. Se encaja el sombrero de paja para que el ardiente sol no ciegue sus ojos. Vuelve a levantar la mirada absorto en la creación. La visión es de fábula clásica. Le inspira y alimenta, pero debe continuar el camino después del descanso reparador.

Abre lentamente una de las dos alforjas y saca un remendado zurrón que portaba. Sentado, se recuesta lentamente hacia atrás y apoya su espalda sobre el mantel de la fina y olorosa hierba.

-¡Ay, Dios mío! No me abandones por estos inmensos parajes dejados de tu mano, siempre te he tenido presente en todas mis oraciones, te necesito más que nunca y te llevo colgado de mi cuello, en este crucifijo donde estás tú, pegado a mi piel para que tus milagros encuentren esta pobre alma que vaga perdida.

La vez que clamaba a Dios, la mano derecha tanteaba en el fondo del zurrón qué vianda consumiría para recobrar fuerzas. Antes de la partida las ordenó simétricamente para que el tanteo no resultase vano y acertar a la primera, evitando así tener que desparramar todos los mendrugos de centeno por el fondo, las frutas y otras suculentas viandas que portaba. Ahíto está de las olivas que le regala la madre naturaleza y junto con la bota de vino, que saca lo primero para ir refrescando el gáznate. Se lleva un mendrugo de pan negro a la boca, regado con un buen chorro de vino de la bota para ablandarle y hablándole le dice:



Guillermo Sastre

-Hola mendrugo del alma, aunque estés más duro que el pedernal voy a engullirte para saciar tanta hambre-. Miraba al mendrugo, mientras mordía ansioso de la hambruna que acarrea.

Tenía un hambre acumulada de días, tanta como un lobo. El duro pan se deshacía en su boca por la humedad de la saliva. Después, cata las otras viandas, unas olivas verdes, y toma un largo trago de vino calenturiento de la sucia y engrasada bota.

hacia bochorno, corría el mes de julio. Sudaba mucho, encharcando los poros de la piel el ropaje remendado que portaba. Una vez aliviado, a la apremiante primera necesidad, continuó tomando del chorro de la bota el vino tinto. Algo le refrescaba. Tentó tanto la bota que la vació en un instante, calmando la sed. Se acerca a la orilla del río para llenar la bota. Hace calor así que no duda en zambullirse en el pequeño riachuelo para refrescar su cuerpo mientras brucea cerca de la orilla de la ribera. Aprovecha para coger unos cangrejos en los pequeños y cavernosos márgenes que tapa la hierba, y los introduce en un talego de rayas muy sucio. Sale y se tumba en la frondosa y verde hierba. Saca un pequeño libro de la alforja y se dispone a leer, mientras come los cangrejos, y exclama enfurecido cuando abre la primera página.

-¡Maldita sea mi estampa! Este Don Facondo..., a ver por qué leches estará escrito en griego. Yo no usé nunca esta lengua y nadie me enseñó a deletrearla y no la entiendo.

Pasa ojeando el volumen hasta que en la página cinco cierra bruscamente. A decir verdad, el que le regaló el libro creyó que estaba en castellano, cierto es. Se equivocó y le regaló en un cumpleaños, un libro clásico en griego. El regalo partió del monje mayor de un monasterio lejano, donde se formaba. Lo que más le agradaba de él eran las viandas que le dio para el viaje. Durante el viaje, confundió un camino en un gran valle. Enfermó de fiebres y temblores atroces, y un cazador le recogió un día y con unos brebajes le arregló el pellejo. Fue una suerte que le encontrara porque, de no haber sido por él, hubiera muerto.

La tarde marchará pronto al ocaso a la caída de la noche. Se cae de sueño y apremia dormir; allá con el frescor, seguirá escudriñando los caminos polvorientos de la vieja Al-Andalus.

Serían las cuatro de la tarde, la hora ideal para echarse una siesta y debe dormirla mientras que el sol planea sobre el mar de olivos y pinos. Después, al despertar, deberá emprender otra vez camino, el camino que le llevará desde Hornos de la Frontera hasta el Castillo de Castellar del Llano.

Duerme profundamente al aire libre, porque antes de llegar a su destino recorrerá tierras de olivos y pinares prósperos. También tierras en luchas intestinas que llevan a las dos Villas a una rivalidad sin fronteras. Hará paradas de contemplación y relajo visitando conventos, iglesias, pueblos de cuna de emperadores de antaño y la penosa hambruna alrededor de los majestuosos monumentos monárquicos. Casonas feudales de los judíos pudientes y de moros venidos a más, vendidas al mejor postor, un gran señor feudal que les protege a cambio de la buena plata y otros favores.

el sol sigue abrasando todo lo que se pone a su rayo. Los bosques de pinares cubren de sombra los arenosos caminos y en despejado claro reverberan los olivos protegidos de las inclemencias laterales. El muchacho sigue dormitando doblado al calor. El pie derecho descalzo hundido en la arena y el tábano zumba a su alrededor. Hay ausencia de viento

que meza las copas de los pinos junto a la ribera. Ronca abrasado en el calor de la tarde sin el viento fresco nocturno del norte que refresque. El río es una frontera natural que divide los términos de Hornos de la Frontera y Castellar del Llano. Fácilmente vadeable en verano, esta época. Un gran oasis frente al aplastante bochorno. La tranquilidad y el sosiego descansan en la gran ribera.

El mozalbete despierta sobresaltado ante un repentino ruido; trona el suelo. No son caballos. Se incorpora asustado y tiene apenas tiempo de subirse raudo a un pequeño olmo de ribera, porque aparece una gran piara de jabalíes. Asustados, corren en tropel camino del agua fresca del río. Esta actitud de autoprotección le salvó, si no a buen seguro le hubieran aplastado en la galopada de estampida, faltó poco. Eran animales asquerosos, algo cortos de estatura pero fuertes como leones. Negros de pelo y muy velludos y unos colmillos que por su tamaño era muy a tener en cuenta. Los ojos no los veía, tapados por el pelaje y eso que resplandecía

el sol sobre la arena de la orilla. Sus trazas imponían. Todavía no se le había pasado el susto, cuando les observaba encaramado al olmo, rezando para que no se cayera o se trenzara una de las ramas que le sujetaban. Rezaba y rezaba a la conmiseración de Dios. Miraba la espada encima de la arena, no le daría tiempo a bajar y recogerla y no quería arriesgar la vida. La desigualdad de las fuerzas era evidente. Contaba los jabalíes; eran veintiuno, contados bien, uno a uno. Inmóvil sin hacer el menor movimiento para no importunarlos, seguiría colgado hasta que las fuerzas le abandonaran.



El que le regaló el libro creyó que estaba en castellano, cierto es. Se equivocó y le regaló en un cumpleaños, un libro clásico en griego.

<http://guillemosastre.blogspot.com>



Últimos libros del autor:

• La Xpina

Desde la distancia

el otro día la vi pasar con su bamboleo característico, cadencioso y sensual, el pelo negro azabache convolando ingravido, sin percatarse de mi presencia, entre otras razones porque caminaba por el otro lado del bulevar. Iba con su novio, los dos cogidos de la mano: Una pareja perfecta. Ella lo miraba cariñosa y complacida, mientras yo, sin atreverme a cruzar de acera, me conformaba con contemplar a la mujer de mis sueños paseando calle abajo con otra persona, a punto de desaparecer en la intersección de la avenida de las Américas con la calle Sagasta.

La primera vez que me topé con ella, mi vida era como un viejo molinillo de café, hartado de dar vueltas sobre sí mismo. Salía del servicio de señoras en un bar del barrio antiguo, y yo del de caballeros. Apenas se fijó en mí. ¿A cuento de qué iba a fijarse? Sin embargo yo no pude apartar mis ojos de ella. Aquella noche soñé con sus rasgos exóticos, pese a que su imagen, fraguada en la premura de la fugacidad, se había diluido en mi mente hasta el punto de transformarse en poco más que un borrón etéreo, sin voz, ni carne, ni aroma... ni sentido. Tardé muchos días en volver a verla, pese a patear de cabo a rabo la ciudad buscando un rostro sin nombre, cuyo recuerdo se había enturbiado en mi memoria hasta el punto de dudar si sería capaz, llegado el momento, de identificarla entre otras mujeres. Pese a todo no desistí en el empeño, antes al contrario, tal era la obsesión que ofuscaba mi voluntad, que no había día ni noche en la que su recuerdo, a modo de anamorfosis, no acudiese a mi mente turbando mis sueños al tiempo que disminuía, en progresión aritmética, mi rendimiento laboral. Si no ponía remedio inmediato, aquella paranoia terminaría por costarme el puesto de trabajo, amén de arruinar mi existencia.

Se mirase por donde se mirase, lo que me estaba sucediendo no tenía sentido; lo sé. Uno no puede enamorarse de una imagen robada en la penumbra de un viejo bar, un aroma apenas aprehendido en el recoveco de un aseo mugriento, de la elucubración de unos sentimientos sin orden ni concierto. Una locura.

meses más tarde, me inscribí en un taller de pintura para neófitos, con el objeto de quemar las horas ociosas y deshojar la margarita del tiempo, esperando encontrar, de una vez por todas, el camino adecuado que me permitiese sortear el escollo de la abulia y el falso conformismo. Y, contra todo pronóstico, surgió el milagro: Allí estaba ella. Así de puñetero puede llegar a ser el Destino.

Sería estúpido pensar que lo que nos unió desde el principio fuera la pintura. Ella era una diletante de mano diestra y capacidad enorme para el lenguaje de las artes plásticas; y yo, lo supe desde el principio, jamás superaría el estadio del aprendiz torpe y díscolo. No obstante, lo que en verdad generó un vínculo, más o menos estable, entre nosotros fue, sin lugar a dudas, el peso de la costumbre, el trato cotidiano, las miradas al principio distraídas - en mi caso furtivas-, y finalmente francas y sin matices. Nunca supe a ciencia cierta cuál fue el verdadero motor o imán que me llevó a querer tanto a una mujer con la que, en fin de cuentas, no había sido capaz de hilvanar algo más que una amistad aparentemente superficial; acaso la profundidad de su mirada o la armonía de



José Antonio Rey



unas facciones cinceladas para ahogarme en las angustiosas llamas de la avidez no correspondida, el deseo unguado en el anonimato del quiero y no debo... ni puedo. Porque ella nunca, en ningún momento, me dio motivos o esperanzas para cruzar el océano de lo prohibido, ni yo se lo reclamé jamás.

después de clase tomábamos un café o un refresco en una cafetería aledaña a la Escuela de Artes y Oficios. Ella hablaba y hablaba de sus pequeñas cosas capaces de llenar un diario entero. Yo, mientras tanto, me limitaba a escuchar ensimismado el relato de sus quehaceres cotidianos, sus temores más pueriles, las necesidades más insospechadas, sus deseos más íntimos, prodigándola, de vez en cuando, con la mejor y más ensayada de mis sonrisas.

Con el paso del tiempo, sus ojos habían dejado de acaparar mi atención, para centrarme en su voz grave y aterciopelada, en el movimiento de sus gráciles manos haciendo pinceles o acariciando el lienzo, la textura de su piel, sus gestos más insignificantes, el movimiento acompasado de sus labios finos, bien delineados, capaces de abrasar mi cordura ya seca como la yesca. En todos esos meses no hice nada por romper los lazos invisibles, que, en el fondo, me ataban a ella como la lapa a la roca, acaso por miedo a perder lo único que verdaderamente me importaba en la vida; no osé atravesar la liviana línea roja que incomunica la necesidad y la obligación, la amistad y el deseo, la esperanza y la debacle. No, no iba a arriesgarme. Ya en mi cuarto, a solas con mis propios anhelos y desvaríos, conformaba una realidad virtual cuyo único protagonista era mi imaginación vagando por el abstruso universo del pecado y la concupiscencia, a sabiendas de que ese mundo hermético y autárquico jamás saldría de aquellas desangeladas paredes, los muros inexpugnables de mi cerebro. Pasara lo que pasase, preferiría una y mil veces la muerte a abrir

mis sentimientos a nadie, sobre todo a ella. En todo aquel tiempo, dediqué todos mis esfuerzos a conocer al dedillo sus usos, costumbres, gustos y maneras. Sabía cuál era la marca de su dentífrico favorito, el número de zapato que calzaba, la talla de sus rebecas, su comida preferida, cuál era la farmacia de guardia más utilizada, a qué hora salía de casa para el trabajo y cuál era el horario de regreso, si subía o bajaba, cuándo tenía jaquecas, si se había peleado con los padres, los jefes o su pareja, el libro que estaba leyendo, su serie favorita de televisión, cuáles eran los

perfumes más utilizados, la marca de lápiz de labios que usaba habitualmente, dónde adquiriría el rimel para endurecer sus insondables pestañas, si le había venido la regla... En fin, la perseguía como un obseso, y, de vez en cuando, me hacía el encontradizo, sólo por escuchar una vez más su voz embaucadora, su mirada serena. Si eso no es amor, que venga Dios y lo vea. Pero, lejos de sentirme un bicho raro, un loco de atar, un enfermo sin reme-

dio, únicamente con sentir, de vez en cuando, su presencia, me era más que suficiente para seguir haciendo camino, que es de lo que se trata.

ha pasado un año y sigo sintiendo por ella lo mismo que el primer día. Eso sí, la alegría se ha transmutado en ansiedad, y el deseo en un cariño insondable que se ahoga en su propia amargura. Y pensar que no me importaría pasar lo que me queda de vida a su lado, y, sin embargo, estoy obligado a conformarme con unos pocos minutos a la semana, amándola en la distancia como los apestados en cuarentena. Pero así es la vida. Mañana es su cumpleaños. Nos veremos en la Escuela. En estos momentos no se me ocurre qué puedo regalarle. Por supuesto, algo discreto para no levantar sospechas, y, al mismo tiempo, lo suficientemente íntimo para demostrarle, aunque sólo sea de forma subrepticia, lo mucho que la quiero.

Mañana ella cumplirá treinta, y yo... yo me conformo con verla.

<http://jose-antonio-rey.blogspot.com>



Último libro del autor:

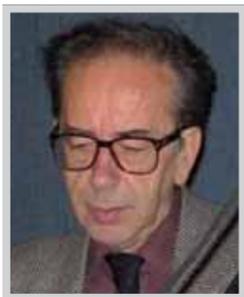
• Un instituto con vistas



Diario de Kosovo

La idea de tomar estas notas en forma de diario acerca de Kosovo me surgió, por lo que parece, de regreso de Nueva York, una noche de comienzos de enero de 1999, mientras sobrevolaba el océano Atlántico.

hacía ya algún tiempo que las informaciones sobre Kosovo, las declaraciones oficiales, los análisis, los diagnósticos políticos, las previsiones ocupaban un espacio siempre creciente en los medios de comunicación. Pero, al igual que al comienzo de Hamlet, cuando, como ha observado T. S. Eliot, llega un momento en que se alude a la aparición del fantasma y la charla normal de los guardias adopta de pronto un tono particular, solemne e incluso luctuoso, así entre la multitud de informaciones sobre Kosovo se produjo bruscamente una transformación. Tal vez fuera imperceptible a primera vista. Los términos utilizados, las declaraciones, continuaban siendo semejantes, los análisis políticos se parecían a los precedentes, las fórmulas y las amenazas también. Y, sin embargo, si se prestaba la necesaria atención se discernía en todo ello un ritmo nuevo, unas veces ralentizado, otras acelerado, una especie de reverberación, un eco semejante a los que

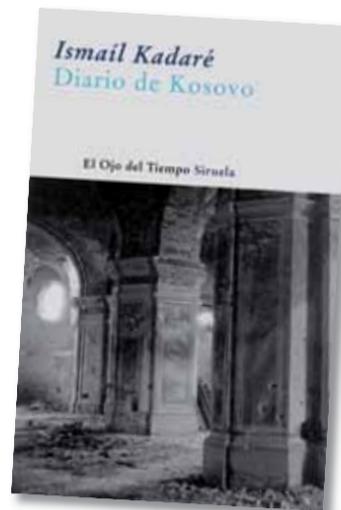


Ismaíl Kadaré

Diario de Kosovo ha aparecido en la colección El Ojo del Tiempo, de Ediciones Siruela. Texto de Ismael Kadaré publicado por cortesía de Ediciones Siruela.

se originan bajo la cúpula de un templo. En la prosa cotidiana de los medios políticos hacían aparición con frecuencia cada vez mayor elementos de la fatalidad («En Kosovo fue donde comenzó, allí es donde llegará a su fin...»), como llegados de otro mundo. El círculo se cerraba, los presagios se ensombrecían. Con toda naturalidad, como en los tiempos antiguos, se esperaba a que el telón se alzara sobre el último acto de la tragedia.

En realidad, nosotros llevábamos ya tiempo sumergidos en la tragedia, sólo que ahora sus contornos se tornaban más nítidos. Todos los acontecimientos cotidianos, las declaraciones del Consejo de Seguridad o de la OTAN, la partida de los portaaviones, los bombardeos, las masacres, las deportaciones adquirían de inmediato los atributos de una suprema desgracia, se densificaban en el interior de una estructura de apariencia sobrenatural, como en el teatro antiguo, pero que no era sino fruto de nuestra propia existencia.



así fue como, ante los ojos del mundo entero, al pueblo albanés le cayó en suerte experimentar una de esas infrecuentes calamidades que consiguen conmover a todo el planeta. Desde sus sillones, los demás asistieron durante semanas y meses a su padecimiento. La mayor parte con dolor y compasión, algunos con indiferencia y otros, los menos, con cinismo. De este modo contemplaron cómo dicho pueblo era golpeado con el hacha, cómo era desarraigado, derribado, y luego conseguía volver a levantarse para escapar de aquella abominación.

Estas notas se refieren a sucesos diarios aislados, tal y como se fueron produciendo día tras día durante el curso de esos diez meses. Componen la materia de un drama fragmentado o, mejor dicho, son las piedras de las que está hecho. Corresponde al lector unir las en su mente para erigir él mismo con ellas la capilla conmemorativa de un sufrimiento.

El alabardero de la reina

La reina borda en su caballete, rodeada de las luces góticas y melancólicas de una tarde de otoño. A lo lejos suenan las notas de un laúd. Al fondo de su pasillo, detenido en el cuadro, un alabardero, inmóvil, de guardia con su lanza en la mano. Se escucha un suspiro.

Reina.- (Al alabardero) ¿Suspiras?

Alabardero.- Suspiro de amor.

Reina.- Y dale. No te irás a poner a llorar como la otra tarde...

(Silencio poético y romántico que llena las notas melancólicas del laúd. Nuevo suspiro del alabardero)

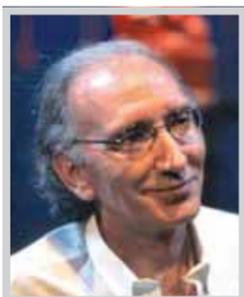
Reina.- Así no podemos seguir, te lo digo en serio. Yo comprendo por lo que estás pasando, de verdad, incluso al principio me halagó un poco tu pasión por mí, qué quieres que te diga, pero es que estás perdiendo la cabeza..., y podemos acabar mal los dos. ¿Pero tú no comprendes que esto es imposible?

Alabardero.- (Sin moverse) El amor es ciego.

Reina.- No digas memeces.

Alabardero.- Tengo la imagen de su cuerpo grabada desde aquel día a fuego en mi corazón. No puedo sacarla de dentro.

Reina.- ¡No fue nada...! ¡No lo hice a propósito, te lo he dicho mil veces! Me olvidé que estabas y me quité la ropa para bañarme. Estáis ahí siempre, como un mueble, y una se



José Luis Alonso de Santos

olvida. Hacía calor, quería bañarme... y fue un segundo, no sé cómo se te ha quedado "a fuego", como tú dices...

Alabardero.- No todos los días ve uno el cuerpo divino de una diosa.

Reina.- Oye, no te pongas cursi que no lo aguanto.

Alabardero.- Me enamoré, yo no tengo la culpa.

Reina.- La tendré yo entonces. (Susurra) Y habla bajo, que como nos oigan vamos a tener un disgusto..., sobre todo tú. Te pueden mandar a la guerra.

Alabardero.- Ya me van a mandar a la guerra. Mañana.

Reina.- ¿Qué? ¿Quién ha dicho eso?

Alabardero.- El capitán.

Reina.- Ah, no. Hasta ahí podíamos llegar. A mis alabarderos no los toca nadie sin mi permiso. No quiero que te cubran de sangre con lo guapo que eres, ni que te anden cortando partes a lanzazos esos animales..., de ese cuerpo tan... tan elegante, digamos, que tú tienes, hijo.

Alabardero.- Si me matan moriré pensando en aquella única visión celestial que he tenido en mi vida.

Reina.- Por una mujer desnuda tampoco es para ponerse así. Habrás visto otras, digo yo... (El alabardero mueve triste y melancólico su cabeza diciendo que no) ¿Qué no? ¿Pero, hijo, es que nunca has estado con una mujer? (El

alabardero vuelve a mover negativa y tristemente la cabeza) ¿Pero nunca... nunca... nunca? ¿Ni un poco siquiera? (El alabardero mueve la cabeza hacia los lados por tercera vez) Ah, pues eso sí que no. A ver si te llevan a la guerra estos animales y te matan sin que te hayas enterado de lo que es la vida, y eso sólo se descubre haciendo el amor. Una cosa es que seas jovencito y otra es que seas tonto.

(Y la reina mira a un lado y a otro, y al comprobar que están solos y no hay moros, ni cristianos, en la costa o en el pasillo, hace señas a su alabardero para que le siga hasta su cama.

Días después el muchacho escribe una breve nota a otro alabardero amigo al que hacía poco había sustituido en el pasillo de la reina:

"Gracias compañero. Funcionó perfectamente. La reina es muy simpática y muy golfa, y encima de que no fui a la guerra me dio tres doblones para que me comprara unos calzones nuevos, que los que tenía estaban rotos.)



- Servicios culturales y de comunicación para ayuntamientos y empresas
- Organización de premios literarios
- Edición por encargo
- Seminarios de creación literaria
- Ciclos de lecturas dramatizadas
- Exposiciones...